



CORRESPONDENCIA

TURQUÍA EUROPEA

El Sagrado Corazón de Jesús en la Albania.

De una correspondencia del P. Gatti, de la Compañía de Jesús, tomamos lo siguiente:

MUCHA es la devoción que se tiene en Albania al Sagrado Corazón, y cuenta grandísimos triunfos este dulcísimo Amante de las almas en estos países dominados por los enemigos de la santa cruz, los cuales triunfos, si bien se mira, le parecerán á V. R. mucho mayores que los alcanzados por esa devoción tiernísima en cualquiera otra parte de Europa. Voy á referirle algunos de los que yo mismo he sido testigo en los últimos años que he vivido aquí.

«Participo á V. R., me decía no ha mucho en una carta el Padre Pasi, superior de la Misión de Albania y director diocesano del Apostolado de la Oración, que se está haciendo muchísimo bien dentro y fuera de las poblaciones con la devoción del Sagrado

Corazón de Jesús y con el Apostolado de la Oración, propagada y extendida de un modo admirable por *El Mensajero*. En cada parroquia en que hemos dado Misión, hemos dejado establecido el Apostolado con el dulce presentimiento de que por medio de esta devoción veremos convertida la Albania hacia su Divino Redentor.»

Efectivamente; no ya en una sola Misión, sino en

Año IV.—N.º 87

todas las que se han dado de seis años acá, hemos registrado verdaderos triunfos de la divina gracia del Corazón de Jesús, y visto en estas tierras realizada, quizás como en ninguna otra, aquella promesa consoladora: «Daré á los sacerdotes la gracia de ablandar los corazones más duros.» Permítame V. R. que se lo confirme con un ejemplo.

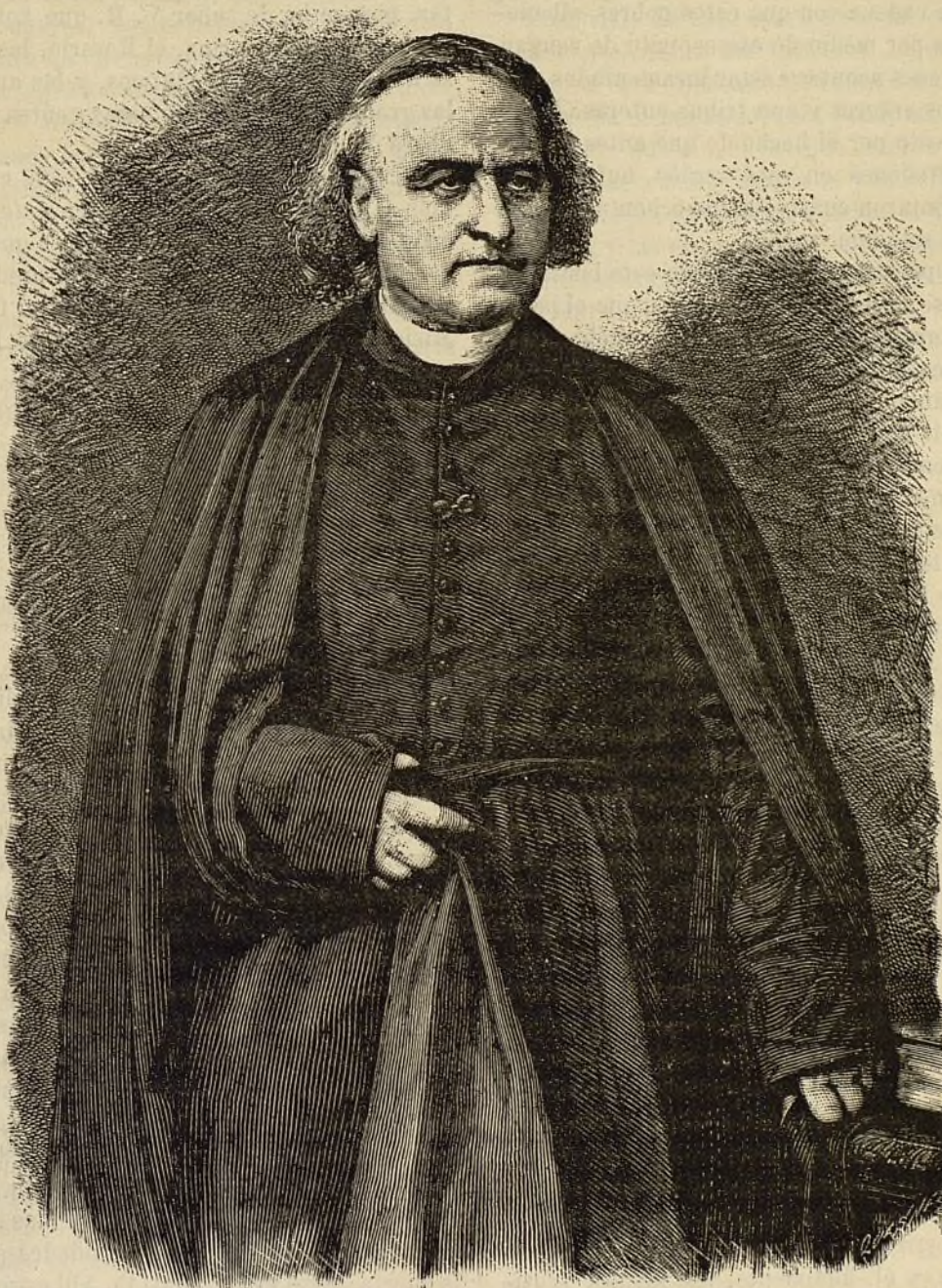
Reina por estas tierras de la Albania lo que sus habitantes llaman *ley de la sangre*, es decir, el espíritu de venganza, con tal dominio que es una de las terribles cadenas con que el demonio tiene sujetos á los

pobres albaneses. Contra esto no hay que buscar apoyo alguno de la justicia, sobre todo en lo interior de las montañas; así es que cada uno se la toma del mejor modo que puede; de donde muchas veces suceden no pocos ni pequeños disgustos y actos del más feroz salvajismo.

Por esta razón van siempre los albaneses con su fusil en la mano, del cual desgraciadamente se valen para vengar no solamente la muerte de algún pariente ó amigo, sino hasta una ofensa insignificante. Una palabrita que hiera á otro y que pudiera muy fácilmente pagar-

se con una sencilla satisfacción, es motivo suficiente entre los albaneses para coger su fusil y dispararle contra su enemigo. Y si llega el albanés á matar á su enemigo, consigue borrar la injuria de la ofensa recibida y ser tenido como un héroe; además es el objeto constante de las alabanzas de todos, y recibe donde quiera que vaya posada, protección y defensa.

4 Agosto 1896



R. P. ALFONSO RATISBONA. (Pág. 359)

Por esto, cuando un albanés no ha tenido ocasión de matar á alguno, se encuentra triste y sin consuelo.

Asistía no hace mucho tiempo un misionero á un joven albanés próximo á morir, y como le viese triste y desconsolado, se esforzó cuanto pudo para darle aliento é infundirle los sentimientos propios de esos instantes. Mas el joven le interrumpió diciendo:

—¡Ay, Padre, muero sin honra y sin glorio!

—¿Cómo sin honra? preguntó el Padre.

—¡Porque soy joven, contestó el albanés, y no he tenido ocasión de matar á nadie!

Sí; ¡la venganza es la horrible plaga de la Albania! Y es tan larga la cadena con que estos pobres albaneses se ven atados por medio de ese espíritu de venganza, que muchas veces acontece estar juramentados para un crimen pueblos enteros y aun tribus enteras. Puede V. R. juzgar de esto por el hecho de que antes de comenzarse á dar Misiones en esta región, hubo parroquia en que se contaron cuatrocientos ochenta y nueve homicidios en un solo año.

Claro está que para que desapareciese este lastimoso estado de cosas, se necesitaba nada menos que el poder del mansísimo Corazón de Jesús, y así lo prueba haber sucedido la siguiente relación del P. Pasi, superior de la Misión de Albania:

«Acontecimiento extraordinario y sobrenatural, digno de especial mención, es, dice el citado Padre, la desaparición casi total de los odios y venganzas. Como prueba podemos citar el hecho de que en Precali amenazó con la muerte cierto sujeto á un vecino y enemigo suyo, por creerse lastimado en su propia honra. Yo lo supe, y me apresuré á trabajar en pro del perdón y de la reconciliación de aquellos dos enemigos, y aunque me costó mucho convencerle á que abandonase tan criminales intenciones, conseguí al fin que besase arrepentido el Crucifijo y perdonase generosamente á su contrario.»

Valgan también en confirmación de lo mismo otros casos que ocurrieron en Kiri y en Scioski, y en otras muchas parroquias, de hombres que habían jurado como el anterior matar á su enemigo, pero que acabaron por perdonarle de todo corazón.

Pues que tales reconciliaciones, tan difíciles de suyo para el corazón humano pervertido, y tan desconocidas hasta ahora en estas regiones, sean obras de la gracia y del poder del amabilísimo Corazón de Jesús, nos lo dice el propio P. Pasi cuando escribe:

«No me da esto mucho cuidado, porque el Sacratísimo Corazón de Jesús todo lo puede: tiene en su mano los corazones de todos los hombres, y él los ablanda, él los libra de esa terrible pasión del odio y de la venganza que los domina, y él, finalmente, les inspira sentimientos de caridad, de amor y de perdón. A él y sólo á él se han de atribuir las conversiones maravillosas que registramos; pues por la devoción del Sagrado Corazón de Jesús y por la Pía unión del Apostolado de la Oración, y más particularmente aún por el *áureo Rosario del Corazón de Jesús*, rezado y cantado en común por los fieles inscritos en el Apostolado, reconocen todos haberse alcanzado efectos tan sorprendentes de la gracia.»

Quizás pregunte V. R. qué es eso del *áureo Rosario del Corazón de Jesús*.

Hace algunos años, andaba hojeando los libros de nuestra biblioteca doméstica de Escutari nuestro Padre Pasi, para ver si entre ellos encontraba un devocionario albanés que sirviese para los niños de la Congregación de la Virgen Santísima, erigida canónicamente en nuestra ciudad. Por casualidad tropezó con uno cuyo título era: *Áureo Rosario del Corazón de Jesús*. Continuó leyendo el Padre la explicación, y no tardó en enfervorizarse con ella, así es que se apresuró por obtener la aprobación del Ordinario en favor de este Rosario, con la idea de enseñarle á cantar en todas las Misiones y dejarle establecido en los pueblos. Digo cantar, porque ha de saber V. R. que aquí en Albania se canta todo: la doctrina, el Rosario, las oraciones, etc., se dicen siempre con cánticos, y las aprenden mejor y las graban en la memoria estas gentes rudas. Pues oiga ahora V. R. al P. Pasi:

«Era el día 3 de Octubre de 1892 cuando comenzamos el *áureo Rosario del Corazón de Jesús*, y viendo cuán bien recibido era y con cuánto gusto le cantaba el pueblo, lo fuimos poniendo donde predicábamos, y por mi parte confieso que á él debemos el fruto de nuestras Misiones, sobre todo el haber cesado los odios y venganzas.»

JERUSALÉN

*Primeras impresiones de un peregrino en Tierra Santa.—
Todavía en el Santo Sepulcro*

El R. P. Fr. Ramón García Muñoz, misionero franciscano, continuando su relato (V. pág. 241), escribe desde Jerusalén en Mayo último:

CREO haber dado una idea, si bien ligera y vaga, de lo que es la Basílica del Santísimo Sepulcro del Salvador y de los principales Santuarios que en ella se encierran. Hoy, debiendo obedecer al epígrafe que he querido poner al frente de estos escritos, voy á reseñar, también ligeramente y sólo á título de propia información, las impresiones buenas y malas que se reciben cuando uno, recién venido á estos Lugares, visita el grandioso monumento, en lo que atañe especialmente al culto y custodia del mismo.

No puede darse para un católico más triste y penoso efecto que el que causa la primera entrada en el augusto recinto. A la puerta de anchas y robustas hojas encontramos indefectiblemente tres ó cuatro turcos con su turbuch y turbante en la cabeza, recostados sobre unos cojines ó almohadones, fumando en su narguilé, charlando y apurando una tras otra sendas tazas de café que deben suministrarles las Comunidades que mandan abrir la puerta. Esto es habitual (1). Allí están siempre que el templo se encuentra abierto, causando á veces un ruido que parece hecho de intento para estorbar nuestras mejores funciones, permaneciendo impasibles ante las más sagradas ceremonias, y mirando con gesto de indiferen-

(1) Así, al pie de la letra se verificaba en Agosto y Septiembre del año pasado, cuando nosotros éramos recién venidos aquí y cuando recogí estas impresiones. Poco después se reformó este uso, ó se quitó el abuso pagándoles en dinero lo que antes se les daba en café, carbones y velas de cera. Pero, habiendo vuelto este invierno á Jerusalén, pude ver una vez más el clásico brasero entre las piernas de los arrellanados guardias turcos.

cia, cuando no de mal humor, las procesiones más imponentes. Es muy cierto que *ab assuetis non fit passio*.

¡Y bajo la llave de estas gentes están los Lugares más santos y venerandos de la cristiandad!

Sin embargo, es preferible esto, en sentir de los que entienden, á que lo guardaren los cismáticos y aun nosotros mismos, por los altercados, rivalidades, emulaciones y otros graves inconvenientes que de aquí se seguirían para unos y para otros.

Más penosa es, si cabe, la segunda impresión que se recibe ya dentro del recinto sagrado, por las diferencias y hasta contradicción del personal que continuamente existe en estos Lugares. Somos dentro de la Basílica cuatro comunidades que diariamente alternamos en lo celebración de los sagrados misterios: griegos, armenios, coptos (todos ellos cismáticos) y latinos representados por los Franciscanos que desde hace más de seis siglos no abandonaron jamás el Santísimo Sepulcro, sin que en el más pequeño paréntesis dejasen por su culpa de tributar aquí á Dios el hermosísimo culto católico romano.

Haría derramar lágrimas amarguísimas si intentara describir toda la confusión y algarabía, las inmundicias y miserias que aquí se presencian y se palpan, debidas á los obstinados sectarios de Focio y demás conmitones de la disidencia. Verlos correr y saltar por delante de los más preciosos Santuarios, oírlos charlar y hasta gritar desaforadamente haciendo coro con los turcos de la puerta, observar sus procesiones y demás oficios, interrumpidos á veces por colisiones brutales en que se van á las manos y se aporrean de lo lindo, es asistir á un perpetuo carnaval, que apenas el alma de un católico y le hace suspirar por un día de redención para estos Santos Lugares. Una solemnidad de estos cismáticos es un día de feria y jolgorio para los sacristanes y dependientes de los Santuarios.

¿Qué otra cosa hacen los hijos del cisma sino un vil comercio de las cosas más santas, de los Sacramentos, y aun de aquellos objetos que sin ser santos por naturaleza, son tocados al Sepulcro, Calvario, etc.? Allí los vemos en sus puestos (dentro de la Basílica, repito) vendiendo velas y candelillas, que no es raro que sean vendidas dos y tres veces, para lo cual les basta recibirlas de un devoto peregrino, y una vez puestas en el Santuario volverlas enteras al montón del vendedor. Baste decir que hasta el agua de cisterna, que dicen haber tocado á la Sagrada Tumba, es objeto de vil especulación.

Dije que llegaban á comerciar con los Sacramentos, y de hecho es público que para recibir los pobres cismáticos el Sacramento de la Penitencia deben pagar un tanto al sacerdote que los confiesa; y se dice además que cuanto más graves son los pecados del penitente tanto mayor es la exigencia del confesor. Se cuenta aquí como un caso curioso, diría mejor lastimoso y digno de lágrimas, que habiendo venido á confesarse un cismático que había cometido un robo notable, el sacerdote griego no quiso absolverle sino á condición de que se le entregase á él la mitad de lo robado.

Y se le habrá entregado indudablemente, porque debo decir en honor de la verdad que los infelices aldeanos y campesinos cismáticos son devotos y fervorosos hasta

la exageración, sencillos y fáciles para dar asenso á todas las patrañas, á todos los errores, á las simplezas más inverosímiles y especialmente á las burlas groseras, maliciosas reticencias y descaradas, por no decir calumniosas falsedades que contra los católicos propalan estos desdichados sectarios. Les dicen por ejemplo que nosotros los latinos no somos ni menos cristianos, por cuanto no tenemos como ellos el bautismo de inmersión; que estamos excomulgados (por ellos naturalmente), ya que no nos sujetamos á la autoridad de sus patriarcas, y qué sé yo cuánto más. ¡A tanto llega su fanatismo y grosera ignorancia!

Y en vista de todo esto ¿cómo no han de ser tristes y desconsoladoras las primeras impresiones que uno recibe en estos Santuarios, cuando se ve que la voz del error y del cisma se levanta poderosa para ahogar la de la verdad; que el más sórdido interés se ceba en las cosas más sagradas, y que la fe y la religión de los que llaman monjes se reducen á llenar el bolsillo de los particulares y las arcas de sus monasterios?

Otras muchas cosas por el estilo podría escribir aquí, pero siendo esta materia inagotable, creo que se irán ofreciendo otras ocasiones propicias en el curso de estas *primeras impresiones* para enterar mejor á los lectores de *El Eco Franciscano*.

GOLFO DE GUINEA

Visita á Annobón

ME hallo de vuelta de la isla de Annobón, escribe el R. P. Armengol Coll, C. M. F., á la cual he podido visitar después de quince meses que no me había sido posible verificarlo. Vuelvo, gracias al Señor, con buenas impresiones: el estado de salud de nuestros hermanos es bueno; los habitantes, desde el último trimestre, no están tan retraídos de la Misión; vuelven á frecuentarse las escuelas, en las cuales se cuentan unos cien niños, y cincuenta niñas á la de Catecismo; y habrá, Dios mediante, á no tardar una reacción moral consoladora. Las medidas de atracción que hemos adoptado confío tendrán feliz éxito, y como los viejos, que siempre han sido los más refractorios, recibieron del dignísimo señor Gobernador actual la lección correspondiente, no promueven disturbios, ni se atreven si no es bajo mano á neutralizar nuestros esfuerzos. Haga el Señor extensiva á aquellos isleños la buena disposición hacia el Cristianismo que en su larga bondad ha comunicado á los demás indígenas de esta colonia, según hemos podido notar de algunos meses á esta parte. Nosotros no cesaremos de trabajar y rogar, confiando que el Señor, que ha vinculado sus gracias á la oración, oirá también la nuestra, aunque pobre, á favor de estas gentes, á quienes amamos de corazón en el Señor.

Acabo de señalar el plan de la iglesia que hemos de construir, la cual debe ser muy capaz para contener todo el pueblo. Tendrá, Dios mediante, tres naves, y con la piedra y madera de la isla, y la cal que hará de mariscos nuestro hermano Sala, ayudado de los isleños, procuraremos llevar á cabo un templo digno de la Ma-

jestad divina, en cuanto permite nuestra pobreza. Ya ve V., amado Padre, necesitamos otra iglesia; de manera que á las de San Carlos y Concepción que llevamos abiertas al culto en los dos últimos años, hemos de añadir la de Cabo San Juan, Elobey, Corisco, Basile y Annobón. ¡Dios mío, cuántos gastos son necesarios! Pero, en fin, el Señor es rico, y su Providencia, que en otro tiempo ayudó á Santa Teresa para fundar tantos monasterios sin tener una blanca, nos socorrerá á nosotros en una obra en que va tan interesada su gloria.

Desde el punto de vista material, Annobón empieza á proveer de personal á los barcos de guerra de esta colonia, con sólida esperanza de tener en adelante marineros suficientes y expertos; de manera que, en breve, ya no habrá necesidad de venir á exponer sus vidas en este malsano clima muchos jóvenes separados ahora de sus familias y traídos aquí por la suerte, quienes se dan por muy satisfechos si después de un año pueden volver á sus casas sin haberse visto atacados por las fiebres. Además del ganado lanar que allí prospera admirablemente, ha comenzado ya uno de los cañoneros á llevarse algunas reses, beneficio que podrá disfrutar muchas veces, y que ha de ser más adelante de no poco provecho para la salud de la tripulación, pues la carne fresca abunda poco en estos países. Finalmente, si la Tabacalera se decidiese á aceptar el tabaco de esta colonia, tendríamos para los pobres annobonenses otro artículo de riqueza capaz de levantarles en poco tiempo del estado de miseria en que se han hallado sumidos hasta ahora. En fin, todo se andará, con la ayuda del Señor.

ECUADOR

USOS Y COSTUMBRES DE LOS SALVAJES, Y TRABAJOS DE UN MISIONERO, POR EL R. P. FR. ENRIQUE VACAS Y GALINDO, DE LA ORDEN DE PREDICADORES.

XI

El jívaro y el misionero

Yo creo, dijo un ilustre orador, que la raza europea nació predestinada para dominar el resto del mundo... porque creo que los chinos, los indios y los pueblos todos aborígenes de América están destinados á desaparecer; una sola es la raza que dominará en el mundo (1).»

Relativamente á los pueblos aborígenes de América, nadie puede dudar de la verdad de las palabras del orador citado: de un modo ú otro los pueblos y razas americanas van desapareciendo de manera sensible. No hay hecho más comprobado en la historia americana que el exterminio y desaparición de varias tribus indígenas; ni hay prueba más elocuente que lo demuestre, que la estadística de los tiempos actuales comparada con la de los siglos pasados. Son igualmente pruebas irrefragables, por no citar más hechos, el trágico fin de numerosos pueblos indígenas de América del Norte, y la sangrienta persecución, á mano armada y en masa, emprendida por los ejércitos argentinos en la Patagonia, donde se ha querido arrasar completamente la raza indígena; y en fin, á nadie le es dado dudar que no está

(1) Sermón predicado en la Encarnación (Méjico) en 1886, por el R. P. Fr. Pedro Moro, S. O. P.

lejos el día en que la valiente y belicosa raza araucana quedará absorbida por la creciente civilización de Chile.

Por el genio inteligente, activo, belicoso, con desmedidas ambiciones á dominar como únicos y absolutos soberanos en la rica y paradisíaca región que le legaran sus mayores, y sobre todo por las excelentes y felices disposiciones para el bien y el mal que la distinguían, muchos han creído que á la raza jívara le correspondía, y estaba llamada ella á ocupar, honroso puesto entre las principales de la sociedad humana. Pero creemos nosotros que esto no pasa de una ilusión: *porque*, repetiremos las palabras del orador aludido, *los pueblos todos aborígenes de América están destinados á desaparecer*; y en cuanto á los jívaros, raza indómita y orgullosa, hizo ya su época: tuvo su origen, llegó al apogeo de una raza numerosa, sus tribus brillaron en el desierto parcial y momentáneamente, como fuegos fatuos, con una salvaje gloria militar, y desde mucho tiempo viene de bruces á precipitarse en los escombros de su propia ruína, y no invadida ó absorbida por otra mejor, como algunos pueblos americanos, sino carcomida y derruida por la gangrena devoradora de sus propios vicios. Ha resistido, como la ingrata Jerusalén, y resiste aún á los soberanos esfuerzos de abnegados y heroicos ministros de Dios que le han llevado la luz de la fe y le han presentado la antorcha de la civilización, y, también como la ingrata Jerusalén, quedará sepultada en sus mismas ruínas. Venció y destruyó á la raza española que trataba de esclavizarla; jamás se sujetó á ceñir coyunda extranjera su altiva frente; como ninguna raza del mundo ha sido ardientemente celosa y autócrata de su libertad; pero en cambio ninguna raza del mundo ha sido más sanguinaria, cruel, feroz, de sevicio increíble y suicida consigo misma.

Antes de las memorables provincias españolas destruidas por los jívaros, éstos habían vivido en frecuentes y sangrientas luchas; se reconciliaron todas las tribus, hasta las más feroces, para aniquilar á los españoles, enemigo común; y luego después, como rotos de repente los bordes del dique que contenía las turbulentas ondas, se derraman éstas sonando en todas direcciones; ó á la manera que densa nube preñada de granizo, truenos, rayos y relámpagos, agitada al furor del huracán, estalla en horrisona tempestad; así estalló la tempestad de furor de estos salvajes contra sí mismos, recobraron con creces antiguos odios y volvieron á combatir encarnizadamente logroños, pautes, upanos, guambisas, mayas, canduashis, achauales, etc., y han venido destruyéndose día á día en tal grado que muchas tribus han desaparecido por completo, y todas las demás han disminuído de manera rápida y violenta.

Tres siglos atrás los jívaros pudieron levantar ejércitos de millares de hombres para la destrucción de Sevilla del Oro; lo que exigía por lo menos dos centenares de miles de personas; y en la actualidad, si por un imposible lograron reunirse todas las tribus del Chinchipe al Bobonaza y poner en pie un ejército de hombres de quince años arriba, apenas podrían llegar de dos á tres mil soldados.

La tribu de los upanos, la más extensa, la más numerosa, donde se halla lo más compacto de la jívaría, mientras otro tiempo, no ha mucho, reunía millares de

hombres, actualmente tal vez no puede reunir seiscientos, y el número de personas que compone esta tribu apenas llega á tres mil.

Es increíble la violenta disminución de estos bárbaros, para quien no conoce la jivaria, pero á primera vista se comprende que así debe ser necesariamente, si reflexionamos que Marte ó sea Nankijukima (la guerra) dirige sin tregua y sin piedad su lanza homicida y venenosos dardos por doquiera; y en la jivaria toda venganza ejecuta pena capital, todo deseo se realiza por medio de la lanza, toda sospecha se ahoga en regueros de sangre, toda víctima infaliblemente arrastra consigo la ruina de numerosos individuos y aun familias enteras.

Un hombre de muy buen criterio, conocedor de la jivaria y envejecido en el Oriente, asegura que en el espacio de diez años conoció en la tribu de los upanos como dos mil hombres; pero que al cabo de otros diez, los ha visto reducidos casi á la cuarta parte.

En el año 1888 escribíamos en nuestra *Colección de cartas sobre las Misiones de Oriente*, página 31, acerca de los habitantes del Copataza y Capahuari: "Hay 28 en el Pastaza, frente á la desembocadura del río Copataza; 55 en la desembocadura del Copataza; 100 en la del Capahuari; 47 en las cabeceras del Capahuari; y 15 en la mitad del curso del mismo río; total de habitantes en esta jivaria 255." Al año siguiente se desencadenó cruda guerra entre estos infieles; y pocos meses después si hubiésemos dicho que aquel número quedó reducido á 100, habría sido el número mayor de personas que pudo haber quedado.

Un compañero mío de apostolado cree que el número de salvajes del Bobonaza al Chinchipe apenas llega á diez mil; otro cree que hay doce mil; y yo creo que no hay más de quince mil, pero siempre con la tendencia á disminuirse, en tal grado que después de pocos años quedará notablemente reducido ese número; y nada aventurado sería asegurar que después de algunos lustros, llegarán á desaparecer todos los infieles, excepto los pocos pueblos ya reducidos de las orillas del Bobonaza.

De manera que los centenares de miles de jívaros que se ha creído hay en el Oriente, como que efectivamente los hubo, queda relegado para la historia de antaño, y en la actualidad es una mera fábula.

Y si el Gobierno del Ecuador no aprovecha el territorio orien-

tal en favor de la inmigración, y no salva los restos espirantes de la antigua raza jivara, procurando que sea absorbida por otra mejor, ó invadida por los progresos siempre crecientes de la civilización moderna; en no lejano tiempo el Oriente será, no mansión de salvajes, sino guarida de víboras y fieras.

Con razón el genio previsor de García Moreno escribía en un Mensaje á las Cámaras ecuatorianas: "No está lejos el día en que tengamos que perseguirla (á la raza jivara) en masa á mano armada, para ahuyentarla de nuestro suelo y diseminarla en nuestras costas, dejando libres á la colonización aquellas fértiles é incultas comarcas. Para estas y otras partes despobladas de nuestro territorio, obtendremos en breve una inmigración de alemanes católicos, si dais al Gobierno la autorización y los fondos suficientes (1)."

Y sin embargo, actualmente los jívaros no son un obstáculo para la inmigración; porque han perdido los antiguos odios mortales que les impelían llevarlo todo á sangre y fuego contra los blancos; ni tampoco se consideran tan poderosos que no teman la venganza de és-

(1) Escritos y discursos, t. II, pág. 280.



NORUEGA.—Aldeano del Telemarken. (Pág. 326)

tos. Otra cosa sería si los blancos los quisieran oprimir, maltratar y acometer injustamente, y sobre todo, si llegasen á asesinar á alguno de los de su raza; entonces se les vería levantarse, cual león herido, y perseguir sin tregua al asesino. Mas si los blancos saben manejarse honradamente con ellos, tratarlos con ciertas consideraciones, teniendo en cuenta su estado de salvajismo tolerar ciertas costumbres y proceder con alguna generosidad; en vez de un obstáculo, son los salvajes el más grande apoyo y la mejor garantía para establecerse en el Oriente; ellos están llamados á trabajar las primeras sementeras de yuca y plátano, allí sumamente necesarias á la vida; de la misma manera están llamados á indicar los puntos más á propósito para abrir los primeros caminos, que sin el auxilio de los salvajes, para nada servirían los ingenieros más hábiles y los instrumentos más preciosos.

De esta manera se haría un verdadero bien á esa raza infeliz, la inmigración tendría su mejor apoyo en ella, y la república utilizaría con gran provecho el territorio y las riquezas del Oriente.

Quizá se me pudiera objetar contra lo que dejo escrito en este capítulo, con mi conducta personal. ¿Cómo quien así escribe, presagiando tan siniestramente el porvenir de la raza jívara, si se halla convencido de su modo de pensar, ha obrado durante cinco años en sus tareas apostólicas, contra todas sus convicciones? ¿Cómo ha trabajado esperando la conversión y civilización de estos salvajes por medio de las Misiones, contra toda esperanza?

Contestaré yo que estas felices inconsecuencias son unas veces misterios del corazón, y otras prodigios de la gracia; y este mismo tiempo me ha servido de lección, estudio y experiencia.

Mi inteligencia conoce y ve las dificultades invencibles y los numerosos escollos que moralmente hacen imposible la conversión y civilización de la raza jívara, por el exclusivo medio de las Misiones, como hasta ahora se ha hecho; basta decir que, fuera de conversiones particulares y bienes personales, ninguna utilidad de interés general ha obtenido la raza indígena, en tanto tiempo que duran las Misiones orientales. Y sin embargo, á pesar de esto, mi corazón se inclina irresistiblemente á misionarla; y aunque vea la esterilidad de mis esfuerzos, quedo lleno de satisfacción al trabajar de parte mía y poner todos los medios que puedo y mover todos los resortes que hallo á mi alcance, para conseguir de esta manera siquiera la salvación de una sola alma.

Bien sabe el hombre de fe cuánto trabajó Jesucristo nuestro Señor por nuestra salvación; y enseñan los Santos, esos maestros de la verdadera sabiduría, que los destellos luminosos del inefable misterio de la Encarnación que han brillado en el mundo, y los raudales de maravillas del adorable misterio de la Redención que han invadido la tierra, con todos sus infinitos y prodigiosos detalles, los habría operado nuestro Divino Salvador por cada una de nuestras almas, si hubiese sido necesario. Mirando las tareas apostólicas á la luz, no de la fermentada filantropía moderna, sino de la caridad cristiana, de criterio tan divino, ¿qué puede hacer por demás el misionero por la salvación de una sola

alma? ¿No queda demasiadamente recompensado si puede obtenerla?

He aquí por qué misioneros intrépidos han tomado sobre sí la colosal obra de misionar á los jívaros; esto es, les han presentado de cerca la verdadera y divina civilización que da el Cristianismo, procurando alumbrarles con los principios luminosos de la fe é infundirles los deberes sagrados de hijos de Dios, para que comprendan su dignidad personal, los nobles y elevados lazos que les ligan á un Ente Soberano, y las justas y legítimas aspiraciones que deben mover su corazón á una dicha superior á los transitorios y caducos placeres de los sentidos, y cuán lejos está de equiparar, ni menos confundirse su ser inteligente é inmortal con el de los animales brutos. Lo mismo que también han procurado los misioneros, aunque sin resultado, reducir á esta gente nómada y sumamente antisocial á un estado de vida fijo y social, fundamento primario de toda civilización, para que se proporcionara las comodidades y ventajas de la sociedad que á cada uno procura fácilmente lo que ha menester, así como también para que gozara de los encantos de una sincera, grata y cordial amistad para ella desconocidos y que, sin embargo, vuelven deliciosa la vida del hombre sobre la tierra.

ARAUCANÍA (Chile)

Memoria del movimiento habido en las Misiones franciscanas pertenecientes al colegio de San Ildefonso de Chillán en el año 1895.

El R. P. Fr. Buenaventura Ortega, prefecto apostólico de Misiones, escribe el 20 de Marzo último:

Misión de Collipulli.—Esta Misión, que es la principal, por ser la residencia de la prefectura, está á cargo de 4 misioneros que atienden no sólo á los indígenas de esta Misión, sino también á las varias Reducciones que existen en Esperanza, Huapitrío y Ercilla. En estos tres puntos hay capillas misionales donde los misioneros hacen continuamente el servicio religioso.

El fruto espiritual obtenido en esta Misión y capilla anteriormente nombradas es el siguiente: se bautizaron 489 indígenas, de los cuales 80 eran adultos, y se bendijeron 78 matrimonios también de indígenas.

El colegio tuvo en matrícula 105 alumnos, y una asistencia media de 75, de éstos 15 indígenas.

Misión de Nacimiento.—Esta Misión es servida por 2 misioneros, los cuales han dado Misiones en el territorio misional de su jurisdicción en diversas ocasiones, y en ellas han bautizado 63 indígenas y bendecido 8 matrimonios también de indígenas.

En el colegio de esta Misión se matricularon 80 alumnos, y la asistencia media fué de 63 españoles y 6 indígenas.

Misión de Mulchén.—Los 2 misioneros que sirven esta Misión han visitado muchas veces las Reducciones de indígenas que tienen á su cargo, y de este modo han conseguido bautizar 200 indígenas párvulos y 40 adultos y bendecir 20 matrimonios de idem.

En el colegio se matricularon 90 niños y hubo asistencia media de 64, de éstos 14 indígenas.

Misión de Temuco.—El servicio religioso de esta Misión está á cargo de 3 misioneros, á cuya abnegación y celo se debe el que se hayan bautizado en el año de que doy cuenta 1,357 indígenas y 140 españoles. Se bendijeron también 254 matrimonios de indígenas y 186 de españoles.

El colegio de esta Misión tuvo en matrícula 94 alumnos con una asistencia media de 70, de éstos 25 indígenas.

Misión de Victoria.—Esta Misión es servida por 2 misioneros, quienes han atendido no sólo á los indígenas, sino también á los españoles.

En el año de que doy cuenta se bautizaron 810 indígenas y se bendijeron 68 matrimonios de idem. Bautismos de españoles hubo 343, y matrimonios 60.

Los alumnos matriculados en el colegio fueron 159, y la asistencia media 84, incluidos 22 indígenas internos.

Misión de Lautaro.—En esta Misión hay también 2 misioneros, que atienden no sólo á los indígenas, sino también á los españoles como si fueran verdaderos párrocos.

Se bautizaron 592 indígenas y se bendijeron 48 matrimonios. De españoles hubo 226 bautismos y 24 matrimonios.

El colegio tuvo 149 alumnos matriculados, 30 de ellos indígenas internos.

Colegio de las Hermanas Terciarias de Lautaro.—Este colegio tuvo 187 alumnas matriculadas, y de asistencia media 140, incluidas 10 niñas indígenas internas, á quienes las Hermanas Terciarias proporcionaron ropa, lavado y alimento.

Misión de Cura-Cautín.—Los 2 misioneros que sirven esta Misión bautizaron el año último 160 indígenas y 107 españoles. Bendijeron 18 matrimonios de indígenas y 16 de españoles.

Asistieron á la escuela de la Misión 26 alumnos, 4 de ellos indígenas internos.

Con las pequeñas economías de los misioneros y limosnas de los fieles se hizo un edificio de 24 metros de largo por 12 de ancho, el que se ha dividido en piezas que sirven de capilla, casa misional y colegio. También se cerró la hectárea de la Misión.

Misión de Rucalhue.—Esta Misión, que es la de más reciente fundación, es servida por 1 solo misionero, quien ha ejercido su ministerio no sólo en el territorio de su Misión, sino que también entre los indígenas que viven á mucha distancia, entre las cordilleras; y de este modo ha logrado bautizar 503 indígenas, siendo 60 de ellos adultos. Matrimonios de indígenas bendijo 40, y de españoles, 6.

El resultado general del movimiento religioso habido en las Misiones de mi cargo en el año próximo pasado es el siguiente: se bautizaron 4,214 indígenas, de los cuales se confirmaron 500, y bendijéronse 534 matrimonios. De españoles hubo 816 bautismos y 292 matrimonios.

En los colegios de nuestras Misiones hemos tenido 703 alumnos, siendo 116 de ellos indígenas que han permanecido en las Misiones en calidad de internos á quienes ha tenido que dar la respectiva Misión ropa, lavado, alimento y demás cosas necesarias para el aprendizaje.

LAUTARO (Chile)

Preciosos frutos de una Misión entre los araucanos

El R. P. Fr. Bernardino Carrasco, misionero franciscano, escribe á su superior con fecha 17 de Mayo de 1896:

EN comunicación anterior di cuenta á V. P. R. de mis correrías evangélicas en cinco Misiones; ahora voy á hacerlo sólo de tres.

La primera tuvo lugar en la gran Reducción del cacique Savaria, veinte kilómetros al Sur de Victoria, sita en un hermoso valle, rodeado de espesos montes. Los indios de esta Reducción son bastante españolizados, trabajadores y relativamente económicos. Esa economía y su constancia en el trabajo, poco comunes entre sus connaturales, les han permitido construir dos grandes y cómodos edificios en el naciente pueblo de Perquenco; edificios que, á juicio de personas entendidas en la materia, son los mejores en aquel pueblo.

Mas ¡oh contraste de la condición humana! Estos indios tan dignos de aprecio por una parte, son muy vituperables por otra. Reinan como en su propia casa la poligamia y la embriaguez. Más de diez indios casados con dos, tres y más mujeres. He ahí el obstáculo más serio que se opone á la educación de la raza araucana. Ahora, *si vinum et mulieres faciunt apostatare sapientes*, ¿qué sucederá, qué no harán estos dos enemigos de la virtud en esta raza que V. P. conoce mejor que yo?

Preparado el terreno sembré con júbilo la semilla evangélica, y Dios Nuestro Señor la hizo producir abundante y sazonado fruto. Cuando los indios estuvieron instruídos lo indispensable, tuve el consuelo de regenerar en las aguas del santo bautismo 45, y se casaron 11 parejas.

Un hecho, que dejará imperecedero recuerdo no sólo en la gente civilizada, que sabe apreciar en lo que valen las augustas fiestas cristianas, sino también entre los indios, tuvo lugar en esta Misión. Este hecho fué la celebración de la Natividad del Señor, cuya noche buena celebré con parte del pueblo de Perquenco, con los habitantes de los alrededores y todos los indios.

No pudiendo ir á Victoria á celebrar la Pascua sin grave dificultad y notable perjuicio para mi grey que estaba evangelizando, me resolví á hacer cuanto pudiera en aquel campo en la Noche Buena y el día de Navidad. Con esto accedía á la muy justa petición de algunos respetables vecinos, y dejaba un grato á la vez que provechoso recuerdo, tanto á los indios como á los chilenos residentes en aquellos campos.

Para tan memorable fiesta convertimos en templo la casa de un hermano del cacique, casa que mide quince metros de largo por siete de ancho. Se adornó con ramos del monte y flores de los campos. Y el Divino Infante quiso que reinara el más perfecto orden. Era encantador ver aparecer de la montaña pequeños grupos de gente aquí, acá y acullá, todos llenos de júbilo y entusiasmo, y reunirse en aquel campo más de seiscientas almas entre indios y españoles.

A fin de que ningún indio faltara, tomé varias precauciones y descendí á muchas minuciosidades. Acomodándome á sus modismos, les dije:

—Esta fiesta siendo mayor que la de San Juan, más bonita, no faltar ninguno, y estando calladitos.

Prometieron hacer cuanto les recomendé, y cumplieron fielmente su palabra. Concurrieron todos y estuvieron tan en silencio, que bien se habría oído el ruido de una mosca; todos se daban cuenta, según su capacidad se lo permitía, de la fiesta y sus ceremonias.

Las precauciones que de antemano había tomado, habrían sido insuficientes para producir el resultado antedicho, si no me hubiera además cuidado de andar de ruca en ruca despertando desde las once, hora en que sus mercedes dormían; pero á las doce de la noche tenía todos mis mapuches reunidos, oyeron la Misa y el sermón con la misma atención que lo hacen los huincas buenos, y se moderaron mucho en su comportamiento.

A las dos Misiones, de las cuales voy á decir sólo dos palabras, llegué como á mi propia casa, como suele decirse. ¿Por qué? porque eran Reducciones en las cuales había misionado el año anterior. Ya conocía personalmente á mi grey, y la grey me conocía y deseaba que le diera Misión, pues me había rogado con insistencia que volviera este año.

Tanto el cacique Jose Huenchulao, á cuya Reducción pasé primero, como sus mocetones, me recibieron con señaladas pruebas de contento. Dimos principio á la obra de rezo é instrucciones, y bien pronto pudieron aprender los que no habían alcanzado antes y á recordar los que, habiendo aprendido en la Misión del año pasado, se habían olvidado.

El fruto espiritual de esta Misión es el siguiente: 15 bautismos y 5 matrimonios. Todos estos indios habían quedado sin bautizarse y casarse el año anterior, por no haber aprendido lo necesario del rezo, y algunos porque vivían con dos mujeres y no se habían podido resolver á dejar una para unirse con la otra. Si los dejé el año pasado sin bautizarse y casarse fué porque no pude conseguir de ellos lo indispensable para administrarles los sacramentos del Bautismo y Matrimonio.

Paso á la última de mis correrías, que tuvo lugar en la Reducción del cacique Huenuhueque.

Después de los preliminares más ó menos iguales á los de la Misión precedente bauticé 19 indígenas y se casaron 3 parejas. Todo lo cual no ofrece novedad alguna, por eso omito su descripción; sólo el matrimonio del cacique fué debido, después de la gracia de Dios, á la elocuencia de otro cacique. Así fué efectivamente.

Viendo la tenaz resistencia del cacique Huenuhueque, que lo mismo que en la Misión del año anterior, quería permanecer moro y unido á la usanza (como se dice por acá, de los indios que viven con varias mujeres sin ser casados), con tres mujeres. Pensé que Dios muchas veces se vale de instrumentos á la simple vista inadecuados, para obrar portentos. El cacique Huenchulao, dije para mí, ha de ser el que convierta al cacique Huenuhueque. Mandé buscarlo á su Reducción, distante veinticinco kilómetros: vino, le habló como lo habría hecho un Santo Padre. Duró la conferencia poco más de dos horas, en presencia de todos los indios y españoles que habían concurrido á la Misión. Yo había instruido privadamente á Huenchulao, y como conocí la

inmensa ventaja de éste sobre Huenuhueque, quise que la conferencia fuese pública. Por otra parte los indios, que eran ya cristianos y casados por la Iglesia, deseaban con todas veras que su cacique viviera cristianamente como ellos. Todos escuchaban con atención y esperaban con ansia ver el resultado de tan larga pero interesante conferencia. Yo permanecía al lado de mi abogado por si era necesario auxiliarlo, como lo fué en algunos casos. Triunfó la gracia, venció el cacique Huenchulao; Huenuhueque consiente hacerse cristiano y casarse con una sola mujer, dejando las otras dos. Una salva de aplausos resonó por los aires: era la más entusiasta y sincera felicitación al vencedor y al vencido. Al primero por su magnífico discurso en pro de la causa que defendía, que era la causa de Dios; al segundo por su generosa resolución, pues convencido su entendimiento no puso resistencia con su voluntad á la gracia. Se bautizó y casó en medio del júbilo general.

En cuanto á españoles ó chilenos el fruto espiritual es el siguiente: confesiones en la Misión de Savaria, 352; comuniones, 312. En la de Huenchulao: confesiones, 421; comuniones, 402. En la de Huenuhueque: 231 confesiones; comuniones, 215. Bautismos y matrimonios sólo hubo, 50 bautismos y 12 matrimonios en las tres Reducciones, por estar la principal Misión fuera de la parroquia de Victoria, y no tener facultad del párroco de Traiguén, á quien pertenecían los feligreses chilenos ó españoles.

Al terminar esta relación de mis trabajos entre los indios, hago fervientes votos por que Dios conserve la fe, la Religión y la piedad en tantas almas regeneradas con las aguas del santo Bautismo, instruidas en parte siquiera de la doctrina cristiana, y sacadas de las tinieblas y sombras de la muerte en que yacían á la esplendorosa luz de la fe. Admirables triunfos de la gracia que puede hacer de las piedras hijos de Abrahán, de lobos carnívoros mansas ovejas, y de los indómitos araucanos hombres civilizados.

Quiera el cielo que de esta región de los valientes araucanos, de los descendientes de Lautaro, Caupolicán y Rengo, podamos los misioneros, con el auxilio de la gracia, ofrecer fieles hijos á la santa Iglesia, verdaderos ciudadanos á la patria y esclarecidos santos al cielo.

MÉNDEZ Y GUALAQUIZA

Visitando la Misión.—Peligros y contratiempos.—Una enferma en las selvas

ESTE año, por fin, nos ha sido dado, escribe el Padre Francisco Mattana en Diciembre de 1895, celebrar en nuestra capilla de Gualaquiza todos los Oficios de la Semana Santa. ¡Cuán dulce, cuán hermoso es celebrar los misterios de nuestra Santa Religión entre estos pueblos semibárbaros y rodeados de tupidos bosques y selvas vírgenes! Aprovechando la presencia de numerosos fieles y salvajes se efectuó la Misión, que fué fecunda en frutos de vida eterna.

El lunes de Pascua tomé el altar portátil, víveres y lo necesario para el Santo Sacrificio, imploré la bendición del Corazón Deífico y de María Auxiliadora, y partí

con el joven Lorenzo Jacardo, llegando á Cuchipamba aquella misma tarde. El Sr. D. Víctor Quintanilla nos recibió y trató con esquisita cortesía, y yo después de cenar confesé á algunas personas, yéndome después á dormir en una cama de tablas. Por la mañana continué confesando, repartí *infra Missam* la Santa Eucaristía, y al terminar dirigí á los fieles una plática.

Salimos en seguida con dirección á Rosario, donde llegamos á las once, y para mejor aprovechar el tiempo, continuamos hacia la hacienda de la Concepción, situada junto á un rápido torrente. Me recogí la sotana, me puse unos grandes zuecos, y tomé un buen báculo que me sirviera de sostén; así caminamos por media hora con infinitos trabajos, mas llegados á un punto, el guía se vuelve y me dice:

—Padre, el camino se acaba aquí, no continúa.

—¡Adelante! no importa, le respondí; nuestro objeto es hacer algún bien á aquellos buenos cristianos; el Señor y María Auxiliadora no nos han de abandonar, y si cayésemos, Dios mandará sus Angeles para que nos levanten y sostengan.

Si V. R., amadísimo Padre, pudiera formarse una idea de estos sitios, sin duda que se haría cruces; nos fué preciso abrirnos paso por aquellos enmarañados lugares cuchillo en mano; de un lado y otro lado horribles precipicios, y á nuestros pies rugía furioso el torrente. Imposible es ir adelante. ¿Qué hacer? Con ramos de árboles entretejimos cuerdas, y bien asegurados, temblando llenos de miedo y con los ojos medio cerrados para no ver todo lo horrible de nuestra situación, nos abandonamos por aquellos precipicios con el torrente á nuestros pies. Gracias á la infinita bondad de Dios y protección de María Auxiliadora, pudimos pasarlos sin ningún percance digno de especial mención, y á las tres llegábamos á la hacienda más muertos que vivos.

¡Cruel desengaño! La hacienda había sido abandonada antes de las fiestas de Pascua; puertas y ventanas estaban abiertas; ni un alma viviente, ni un pedazo de pan ó un vaso de agua con que acallar un poco el hambre y apagar la ardiente sed; nada, absolutamente nada que pudiera un tanto refrigerarnos. Era preciso tomar una resolución; desandar el camino hecho era imposible; continuar adelante más aún, pues debíamos trepar por aquellas escabrosidades tres horas cuando menos antes de encontrar alma viviente; quedarnos allí hubiera sido



NORUEGA.—Joven del Telemarken. (Pág. 326)

un disparate. En esta incertidumbre nos armamos de valor, de oración y de esperanza; descansamos un poco y procuramos humedecernos la boca mascando caña de azúcar; y después de haber yo bendecido las casas según el Ritual, emprendimos la vuelta por una elevada montaña de difícilísimo acceso. Llegados á la cumbre, y viendo la mucha distancia que aún nos separaba de poblado, nos paramos un momento en espera de algún caminante que por allí transitase, mas inútilmente. Las fuerzas me habían casi abandonado y me era imposible continuar caminando, por lo que rogué al guía que me precediera y me mandara á la mayor brevedad algún socorro. Partido el guía, seguí mi camino poco á poco y con mucha fatiga; mas Dios quiso que de allí á poco tuviera la gran fortuna de encontrarme con unos cuantos indios, los cuales, viéndome en tal estado, me ofrecieron aguardiente, que yo acepté con marcados signos de agradecimiento, y que me sentó á las mil maravillas. En esto llegó un hombre mandado por el guía con provisiones, y continuamos nuestra interrumpida marcha.

Al cabo de media hora oímos ayes y gritos ininteligibles que salían de las selvas. Al momento me olvidé

de mi cansancio, y con la esperanza de poder salvar un alma, me dirigí sin dilaciones en aquella dirección, encontrando á la persona que gritaba, quien nos acompañó á una miserable cabaña donde una pobre enferma de pulmonía se revolvía por el suelo presa de febril excitación. Apenas me distinguió la enferma se tranquilizó un tanto, y con grandes muestras de alegría por mi inesperada visita se confesó con excelentes disposiciones y se preparó para el tremendo paso.

Bien hubiera yo querido no abandonar aquella noche, tal vez la última, á la enferma, mas me había dejado el altar en Rosario, donde se me esperaba con impaciencia para las confesiones. Partimos, pues, no obstante la obscuridad de la noche, y al llegar al pueblo le encontré reunido y dispuesto á confesarse. Apenas tomé de prisa y corriendo algún alimento, que bien lo necesitaba, me senté en el confesonario hasta muy entrada la noche.

Esta vez al acostarme no sentí por cierto la dureza de la cama, que también era de tablas, pues no bien me metí en ella quedé hasta las cinco, hora en que volví al confesonario; dije después la Misa, y distribuí el Pan eucarístico y el de la divina palabra. Tomada una pequeña colación y ensillados los caballos, de nuevo nos pusimos en camino para Granadilla, último confín al Norte de nuestra vastísima parroquia. Tanto en esta ciudad como en Chigüinda, Cuchipamba, San José y Aguacate, donde me hospedó y agasajó el Sr. D. Joaquín Avila, fué un continuo ir y venir de fieles para confesarse, recibir la Eucaristía y oír la divina palabra. Volviendo de Aguacate faltó tierra á mi caballo, y fué una verdadera gracia de María Auxiliadora que no rodáramos los dos al río Cuchipamba, cuya corriente por aquel sitio es impetuosa. A San José llegué en domingo, razón por la que celebré dos Misas, conservando de una á otra el Santísimo Sacramento, hecho verdaderamente extraordinario para estas sencillas gentes, y que fué muy celebrado. Con raras excepciones todos se confesaron y comulgaron, algunos por vez primera, y con verdadera ansia oyeron la divina palabra, que les dirigí en ambas Misas. También administré algunos bautismos.

Después de nuestra excursión de ocho días llegamos á Gualaquiza muertos de cansancio, pero alegres y contentos por el bien que el Señor se ha dignado hacer por nuestro medio.

Mes y fiesta de María Auxiliadora.—Imponente y devota procesión

Al siguiente día de nuestro regreso comenzamos las solemnidades del hermoso mes de las flores. Diariamente á más de piadosos ejercicios se tenía una plática; se aumentó lo solemnidad en la novena y se llevó al colmo en el triduo y en la fiesta. Nuestro insigne cooperador D. Guillermo Vega, padrino de la fiesta, nos trajo de Sigsig una charanga que llenó nuestros deseos y atrajo á la fiesta á mucha gente de los alrededores, especialmente jívaros. La víspera celebramos una solemne academia en honor de María Auxiliadora, y por la noche quemamos un modesto castillo de fuegos artificiales, espectáculo enteramente nuevo para estos indios, que lo contemplaban con la boca hecha agua de gusto.

Pero lo que en todos quedó más profundamente im-

preso fué la solemnísimas fiesta con Comunión general y cuatro primeras comuniones, con Misa cantada, á la que asistieron de gala el Sr. D. Antonio Moscoso, gobernador de esta nueva provincia, su secretario, Ayuntamiento, etc., etc.; y con la imponente y devota procesión, que se verificó después de la Misa solemne. La numerosa muchedumbre de fieles y de jívaros precedían en dos filas devotos y compungidos. Unos veinticinco soldados escoltaban á María Santísima y á las Autoridades, y divididos en seis grupos, cada cincuenta pasos disparaban sus fusiles alternando; en los intervalos tocaba la banda ó se cantaban las *Letanias* ú otras alabanzas á la Madre de Dios y Madre nuestra. ¡Qué consolador espectáculo ofrecía la imagen de María Santísima paseada triunfante por aquellas todavía tristes soledades!

Terminada la procesión el excelentísimo señor Gobernador pasó revista á la tropa á los acordes del himno Nacional, y después todos reunidos se determinó que María Auxiliadora fuera nombrada patrona de la nueva provincia de Gualaquiza, y que por tanto en adelante fuera fiesta cívico-religiosa el día 24 de Mayo.

BRASIL

Misión salesiana de Matto Grosso

El R. P. Juan Balzola, Pbro., escribe desde la Colonia Teresa Cristina al Rmo. P. Miguel Rúa:

HACE ya seis meses que me encuentro á la cabeza de la ardua y difícil Misión de los coroados, y en tan corto tiempo y dadas nuestras condiciones, hemos obtenido excelentes resultados. Bueno es que V. R. sepa que habiendo estos desgraciados indios sido amaestrados en los vicios por los ejemplos de muchos *civilizados*, precisa que nosotros procedamos con mucha cautela en administrarles el santo Bautismo, pues con frecuencia sucede que hoy están con nosotros, y mañana se ausentan por unos cuantos meses para volver á su antigua vida nómada y salvaje. Para evitar mal tan grave, precisa que nos industriemos de mil maneras para ganarnos su afecto, y de este modo poderles retener á nuestro lado. Ya les hemos distribuído más de cuatrocientos vestidos, y más hubiera dado á tenerlos á mano, pues continuamente me asedian pidiéndome los que aún no han podido haberlos. Aquí es necesario que la obra de caridad que nuestro Divino Redentor nos recomendó de vestir al desnudo, la practiquemos continuamente y en realidad de verdad, pues estos indios no gastan otros trajes que los que trajeron al venir al mundo. En vista de esto no dudo de que la caridad de V. R. y de nuestros beneméritos cooperadores se acordará de nosotros, y nos mandará lo mucho que necesitamos para poder llevar adelante una Misión que tantos seres humanos ha de sacar de la barbarie y tantas almas mandará al cielo.

El indio coroado no es un tipo repugnante y deforme como muchos otros salvajes; sino por el contrario bien formado, alto, apuesto y de una fisonomía que no pocos quisieran para sí.

El estado natural de libertad de que gozan les da tal robustez y vigor, que con dificultad podría encontrarse

uno entre ciento que no fuera apto para el servicio militar. Hemos empezado á enseñarles las labores del campo, trabajo que para ellos resulta bastante duro, así que me veo precisado á no abandonarles un punto y á trabajar con ellos; ni aun cuando me ausento para las prácticas de piedad puedo quedar tranquilo, pues con frecuencia debo interrumpir mis rezos para arreglarle á uno el mango de la azada, á otro afilarle la hoz, etc., etc., ya que es tan poca la habilidad que despliegan en su manejo, que rompen todos los utensilios apenas los toman en sus manos. En los primeros meses de residencia, el calor tropical que aquí se siente nos daba bastante que sufrir, y como si esto no bastara, nuevos quebraderos de cabeza me sobrevinieron para encontrar los medios de hacerme con unas setecientas reses vacunas y mantenerlas: ahora me faltan hombres que las cuiden é impidan que se desbanden é internen en la floresta, porque se requiere después un ímprobo trabajo para reunir las de nuevo. Y todos estos fastidios y molestias y otros muchos debemos tomárnoslos nosotros si queremos hacer algún bien y reducir á vida más racional á estos salvajes.

Dos cosas me consolaban en medio de tantos trabajos: las buenas disposiciones de los indios y la visita que el Ilmo. Sr. Lasagna me había prometido para Abril, pues á más de sus sabios consejos nos hubiera traído un refuerzo de personal; mas mis risueñas esperanzas respecto á este último punto han quedado defraudadas; en una carta que me escribió monseñor y que yo recibí días después de su desgraciada muerte, me participa que no habiendo recibido de Turín nuevos refuerzos se veía en la imposibilidad de mandarme el personal que necesito. Es verdad que algunos soldados se prestan gozosos á hacerme algunos servicios, mas no siempre puede dejármelos el capitán. Por aquí comprenderá V. R. cuál debe ser la triste situación de un director rodeado de cientos de indios, confinado en las vírgenes y tupidas florestas del Matto Grosso, y con la grave responsabilidad de esta vasta é importantísima Misión, falto de muchísimas cosas necesarias para el sostenimiento y progresos de la misma. Si mi pluma pudiera encontrar color bastante para representar á V. R. la triste realidad de esta Misión, no lo dudo, su corazón de padre se conmoviera y nuestros beneméritos cooperadores acudirían generosos y presurosos en nuestro auxilio. María Auxiliadora, D. Bosco y el Ilmo. Sr. Lasagna no dejarán ciertamente de rogar por nosotros en el cielo.

El nuevo gobernador del Matto Grosso se encuentra animado de los mejores sentimientos para con nuestra Misión, y ve con complacencia nuestros trabajos. Ultimamente nos ha mandado un ingeniero para que midiera las veinte cuatro mil hectáreas de terreno que se nos han concedido para la colonia, y que debemos ir repartiendo entre los indios á medida que se vayan civilizando; y las mil ochocientos que se nos dan en propiedad. Vea, pues, V. R. como no sólo moral, sino materialmente, nuestra Misión es extensísima y de no escasa importancia.

La Misión de las Hijas de María Auxiliadora prosigue admirablemente su camino, sólo que éstas no son suficientes para el ordinario trabajo que les ha caído

encima, principalmente con la confección de camisas para los indios. La directora, sor Federica Hummel, es una verdadera providencia; ejerce de médico y farmacéutico. En un principio los indios se resistían á tomar las medicinas, mas ahora á una indicación mía se dirigen á la Hermana, y si están impedidos, ella ó yo vamos á verles; de este modo varios de ellos han podido recuperar su perdida salud. María Auxiliadora nos protege visiblemente; los indios llevan con placer su medalla al cuello. Hace unos días que di también un crucifijo pequeño á una india; á los pocos momentos se me presentó con él fuertemente sujeto al cuello, sólo que se lo había atado cabeza abajo, como crucificaron á San Pedro.

Termino, amadísimo Padre, recomendándome á su caridad para el aumento de personal y el envío de medios materiales, y suplicándole se digne bendecirnos á todos.

FLORES DE COREA

POR UN PADRE DE LAS MISIONES EXTRANJERAS

III

El P. Santiago Tsiu.—1794-1801 (continuación)

MIENTRAS que el Cristianismo hacía progresos muy consoladores en Corea y que el P. Tsiu, merced á precauciones inauditas, ejercitaba así su celo, murió el buen rey Tien-t'song (1800). Su hijo era harto joven todavía para que pudiese empuñar las riendas del Gobierno, por lo que se encomendó la regencia á su abuela, mujer cuya ambición no retrocedió ante ningún medio que pudiese afirmar su autoridad personal.

Véase según el mártir Alejandro Hoang, cual era la situación política de Corea en aquella época, situación que conviene recordar si se quiere comprender el motivo de tantas persecuciones sucediéndose, casi sin transición, á períodos de tranquilidad y paz.

«Los nobles hacía muchos años estaban divididos en cuatro partidos. Los dos principales eran el de los No-ron y el de los Nam-in, quienes á su vez estaban subdivididos en dos campos, el de los Si-pai y el de los Piek-pai. Los Si-pai, tanto de la facción Nam-in, como de la No-ron, eran enteramente adictos al Rey, y le sostenían contra las miras ambiciosas y personales de los Piek-pai, siempre dispuestos á hacer oposición á la autoridad de su Soberano. Los enemigos más encarnizados de los cristianos eran Piek-pai. Entre los Nam-in Si-pai, menos numerosos, hizo desde luego prosélitos la Religión cristiana, y aunque muchos de sus jefes abandonaron la fe para conservar sus empleos, por lo menos no eran hostiles á los cristianos.»

Esta situación de los partidos políticos en Corea á la muerte del rey Tieng-t'song, da alguna luz acerca la causa de las persecuciones que pronto hicieron tantas víctimas. El Rey, en efecto, temía el espíritu revolucionario de los Piek-pai, cuyo número y audacia eran cada vez mayores. Favorecía, por el contrario, el partido de los Nam-in Si-pai, entre los cuales hallaba hombres inteligentes y adictos á su persona.

A la muerte del Rey, la Regente tomó por sí misma la dirección de los negocios: depuso de sus cargos á los

que la eran poco afectos, y los confió á otros más dóciles, especialmente á los No-ron Piek-pai. Contando con sus rencores políticos y religiosos, y á fin de atraérselos más, lanzó un violento edicto contra la Religión cristiana y sus discípulos.

El odio de la Regente fué secundado en toda Corea, y á la proclamación del edicto siguió la prisión de multitud de cristianos. So pretexto de rebelión, llegóse hasta invadir las casas de los nobles, y contra lo acostumbrado, lleváronse mujeres y jóvenes á los tribunales. A los embates de esta tempestad, la Iglesia de Corea extendió más vigorosamente sus raíces en aquella tierra regada por la más pura sangre de sus hijos, y

Ni, al cabo de cinco años de estar sujeto á la vigilancia de la policía, quebrantado por espantosos suplicios, fué al fin decapitado al sexto golpe. Alejandro Hoang, después de una vida pasada en la práctica de las más raras virtudes, compareció también delante de los jueces. Apaleado con tal violencia que le quebraron una pierna, exclamaba aún:

—No, no, aunque debiese sufrir diez mil veces más, nunca renegaré de Jesucristo.

Llevado al lugar de su suplicio, conservó inalterable jovialidad hasta el último momento. Bárbara Sim, jovencita de diecinueve años, se había consagrado enteramente á Dios, hizo valiente confesión de su fe, y alcanzó la doble palma del martirio y de la virginidad. Así Dios, que no hace acepción de personas, cogía en



NORUEGA.— El lago Farrisvand. (Pág. 351)

enriqueció el cielo con multitud de Mártires. Ante la muerte en medio de las más crueles torturas, fueron dignos hermanos de los héroes de Roma en tiempo de los Neronos y Dioclecianos.

El insigne filósofo Ambrosio Kuan, hermano mayor de Javier, en medio de los tormentos parecía asistir á una fiesta, y por su invencible constancia era el asombro de sus enemigos. Tomás T'soi, herido de un sablazo por la mano temblorosa de un verdugo poco hábil, llevó la mano al cuello, y al retirarla llena de sangre, exclamó:

—¡Oh preciosa sangre!

Al mismo tiempo un segundo golpe le abría el cielo. A su vez el celoso apóstol del Nai-po, Luis Gonzaga

todas las clases y estados flores suaves con las que quería adornar el cielo. De nuevo confundía la falsa sabiduría de los malos con lo que les parece lo más débil y menospreciable.

Habiendo sido presa con todos los de su casa la animosa cristiana que hasta entonces había sido la providencia del P. Tsiu presentóse éste en el Kuem-pu, la prisión destinada á los criminales de Estado y dirigiéndose á los satélites, les dijo que era el extranjero á quien tanto buscaban.

Sorprendidos y alegres los soldados, le cargaron de cadenas y lo condujeron á la presencia del mandarín.

—¿Por qué, le dijo éste, habéis venido á Corea?



EL HEROICO MARTIR SAN LORENZO

DIÁCONO ESPAÑOL

DISTRIBUYENDO Á LOS POBRES EL TESORO DE LA IGLESIA PARA QUE NO CAYESE EN MANOS DE LOS PERSEGUIDORES

(Fresco en la Basílica de San Lorenzo en Roma, pintado por orden de Pío IX)

—Gran mandarín, sólo me ha guiado el propósito de predicar la verdadera Religión, y salvar las almas.

El juez le preguntó en seguida en qué lugares había habitado y con quiénes había vivido; mas el P. Tsiu no comprometió á ningún cristiano, y aprovechó la afluencia de curiosos á los debates del proceso, para hacer una elocuente apología de la Religión.

Según los tratados á la sazón vigentes entre China y Corea el P. Tsiu debía ser entregado á las Autoridades de su propio país; mas los ministros no querían que se les escapase la presa, y le condenaron á muerte. Primero le apalearon en las piernas, y luego le condujeron en silla de manos al lugar destinado á las ejecuciones. Leída la sentencia de muerte, el Padre dijo en alta voz á la considerable multitud que se había reunido para verle:

—¡Muero por la Religión del Señor del cielo! ¡Infelices coreanos! Dentro de diez años vuestro reino experimentará muchas calamidades.

Luego que hubo dichas estas palabras hiriéronle las orejas con flechas, que dejaron clavadas por el hierro, y le pasearon tres veces en torno de la asamblea. A una orden de los jefes, los soldados empezaron una serie de evoluciones al rededor del mártir, descargando los sables sobre su cuello. Eran las cuatro de la tarde del 31 de Mayo de 1801. El P. Santiago Tsiu no contaba más que treinta y dos años.

Durante los preparativos de la ejecución, el cielo hasta entonces puro y sereno, cubrióse súbitamente de sombrías nubes: al ir á consumarse el sacrificio estalló un horrible huracán, y la violencia del viento y los rayos entre las densísimas tinieblas sembraron el espanto entre los testigos de esta escena. Apenas el alma del santo mártir había volado al cielo, cesó la tempestad, y lució de nuevo el sol.

Pocos días después los cristianos lograron apoderarse de los venerables restos del P. Tsiu y enterrarlos secretamente: según los relatos coreanos obtuviéronse algunas curaciones por su intercesión, y la memoria del santo sacerdote quedó grabada en las tradiciones populares.

El P. Tsiu había permanecido seis años en Corea, y á pesar de las circunstancias que paralizaron su celo el número de cristianos se elevó á diez mil.

Parece que la corte de Pekín pidió explicaciones al Rey de Corea, quien para excusarse envió una carta con cierta suma de dinero que tuvo el don de calmar la cólera del Emperador y convencerle que el origen chino del P. Tsiu sólo fué conocido después de su muerte, por las disposiciones tardías de otros culpables.

EXCURSIÓN APOSTÓLICA EN NORUEGA

POR EL ILMO. FALLIZE, OBISPO DE ELUSA

VII

La libertad religiosa en Noruega.—Marineros franceses.—La Misión de Porsgrund.—Sorpresas.—En ferrocarril

A PRINCIPIOS de este siglo no había un solo católico en Noruega, á causa de la legislación draconiana establecida por nuestros conquistadores daneses contra la Iglesia católica. Sólo en 1843 autorizó el rey

á un sacerdote católico para fundar una estación en Cristianía, en donde el año 1856 pudo abrirse la primera iglesia católica, bajo la advocación de San Olaf. En 1869 Noruega fué separada del vicariato apostólico de Suecia para formar una prefectura, que el año 1893 se erigió en vicariato, del que soy el primer pastor episcopal desde que en 1536 el rey de Dinamarca impuso la Reforma á Noruega. En esta nación ultraprotestante nuestra Santa Iglesia es al presente más libre que en cualquier otro país de Europa. Por la ley sobre los *dis-senters* de 1891, el nombramiento en todas las estaciones eclesiásticas corresponde exclusivamente á la Iglesia; el sacerdote católico, para los fieles de su distrito, es oficial del estado civil; reconócese el matrimonio celebrado ante el sacerdote católico; los católicos están libres de todos los impuestos decretados en favor de la Iglesia del Estado; nos está garantida la libertad del ejercicio público del culto, y mientras que en Francia hay Municipios que prohíben al sacerdote llevar públicamente á los enfermos el Santísimo Viático, aquí podemos en las procesiones del Corpus, cruzar las calles de Cristianía con la Hostia eucarística; la policía de gran gala nos da entonces escolta, y los protestantes nos traen flores para adornar los altarcitos en que ha de descansar el Santísimo. ¡Ah! ¡bien merece este país encontrar otra vez la Madre, de la que á pesar suyo la separó hace más de tres siglos la astucia y violencia del extranjero!

Una sola libertad nos falta. La Constitución prohíbe á los Religiosos, sobre todo á los Jesuitas, no el predicar, pero sí el establecerse en Noruega. Me apresuro á añadir que la Cámara trata ya de abolir esta disposición añeja, que desaparecerá sin duda.

Mientras os doy estos detalles ha llegado nuestro buque á los diques de Skien, donde una embarcación me trasladará á Porsgrund.

Al cabo de una hora el capitán, los oficiales y yo estábamos sentados en el salón, donde el primero quiso se vaciase una botella de *chartreuse* en honor del primer Obispo que ponía el pie en su puente. Estos señores me refirieron sus viajes, y me pidieron les contase los míos, prometiéndome que el día siguiente acudirían á la capilla de Porsgrund, en donde debía administrar la Confirmación.

En Porsgrund el reverendo párroco y sus feligreses me aguardaban en el desembarcadero. El día siguiente el referido capitán, con casi toda la tripulación, que era bretona, asistió á la Misa mayor: después del sermón en noruego les hice un sermoncito en francés. La piedad de los valientes bretones edificó á nuestros fieles.

Por desdicha sucede todo lo contrario cuando son buques de guerra franceses los que echan el ancla en nuestros puertos. Así que llega un buque de guerra, el sacerdote se apresura á ir á bordo para comunicar al comandante las horas de los Divinos Oficios. Los comandantes ingleses y alemanes nunca omiten disponer que asistan á ellos todos sus subordinados católicos, y la población, advertida, acude de antemano á las puer-

tas de la iglesia para verles formar y oír el sermón, en inglés, francés ó alemán, que les dirige el sacerdote. Pero cuando se trata de un buque de guerra francés, queda defraudada la esperanza de los curiosos y de nuestros católicos. Permítase á los marineros saltar á tierra, pero no á la hora de las Misas, aun cuando no haya capellán á bordo, y durante muchos meses no hayan tenido ocasión de visitar una iglesia y de recibir los Sacramentos. Varias veces me he lamentado de esto á los comandantes franceses, que personalmente eran fervientes católicos; mas siempre he recibido la respuesta de que los Reglamentos no lo permitían.

La capilla de Porsgrund, en donde pude recibir á los marinos franceses, no es imponente que digamos para una ciudad de más de cuatro mil habitantes, y que tiene en sus cercanías las de Skien, Brevik, Laurvik y Langesund. Está dispuesta en un primer piso sobre la tienda de un descendiente de un antiguo hugonote francés, y consiste en dos grandes aposentos reunidos por una puerta, uno de los cuales sirve para escuela durante la semana. Con todo, muy contentos estamos de haber podido alquilar este modesto local, atendida la escasez de nuestros recursos.

Aun esta misma estación debe su origen á un azar providencial. Desde mucho tiempo proyectábamos fundar una capilla en esta ciudad, centro de otras muy populosas, y donde una importante fábrica de porcelana ha atraído gran número de familias obreras católicas: mas ¡cómo hallar el dinero necesario!

Ahora bien; en Noviembre de 1888, al volver del continente encontré en la estación del ferrocarril de Korsør (Dinamarca) una señora que me pidió el horario de los trenes que conducen á Cristianía. Era irlandesa y católica; y su marido era igualmente irlandés, pero protestante. Habitaban hacía poco tiempo en los alrededores de Porsgrund. Me declaró que su marido trataba seriamente de hacerse católico, y yo naturalmente le ofrecí mis servicios. El día de año nuevo me envió un despacho urgente para que asistiese á su marido, gravemente enfermo. Acudí inmediatamente, y el enfermo me dijo desde luego que era ministro anglicano, pero que quería morir como hijo de la Iglesia católica. Temiendo un fatal desenlace, me suplicó que recibiese su abjuración. Pasé toda la noche instruyéndole, y á la mañana siguiente le bauticé bajo condición: luego le administré la Santa Comunión, la Confirmación y la Extremaunción, y... sanó de la enfermedad. Llenos de gratitud, él y su mujer me prometieron construir á su costa una capilla en Porsgrund, entregándome inmediatamente una cantidad para alquilar un local donde erigir una capilla interina, y alentándome á comprar un terreno, cual valor satisfacerían gustosos. En el acto hice las diligencias necesarias, y pronto quedaron satisfechos sus deseos é instalado un sacerdote, con el consiguiente júbilo de nuestros fieles.

Una vez instalados en Porsgrund, completamos la estación llamando á las Hermanas. A Dios gracias,

hasta ahora hemos mantenido la posición. Las Hermanas, secundadas por los mismos protestantes, han podido comprar una casa en medio de una vasta propiedad, fundar un hospital, y aun cedernos un cobertizo, donde en Octubre último inauguramos una capilla y una escuela, hasta tanto que el Señor nos proporcione los recursos para construir una iglesia en nuestro magnífico solar.

Esperamos que la Dina Providencia intervendrá en favor de otra ciudad que visitaremos al volver desde Porsgrund á Cristianía.

Proseguimos nuestra marcha, esta vez en ferrocarril. Nuestros ferrocarriles presentan todas las comodidades apetecibles, pero tienen un inconveniente: pasan harto aprisa por entre los encantos que por do quier ofrece la naturaleza con profusión.

Henos ya á orillas del lago Farrisvand. (*V. el grabado de la pág. 348*). ¡Ah! ¡cuán bello es este lago, con sus millares de islotes, cubiertos con el verde follaje de abetos y abedules reflejándose en aquellas aguas, transparentes como el cristal! ¡Cuán imponentes son esas cadenas de rocas, que surgen del fondo del lago, en el que dibujan su imagen! ¡Cuán encantadores son esos valles, cortados en el flanco de las montañas, y á los cuales el tren al pasar nos permite dirigir una mirada! Pero también ¡qué estremecimiento de terror al advertir que el ferrocarril corre por un camino practicado en una pared de granito, que á la derecha sube enhiesto, mientras que á izquierda baja perpendicularmente hasta las olas! La obscuridad de los túneles, que se siguen indefinidamente, el ruido de las aguas que caen de los peñascos, unido al estruendo del tren, repercutido por todos lados, acaban por aturdir, y el viajero no se siente aliviado hasta que el convoy, dejando el lago por una rápida pendiente, llega á la ciudad de Laurvik.

GAMART

Ó LA NECRÓPOLIS JUDÍA DE CARTAGO

POR EL P. DELATTRE, DE LOS MISIONEROS DE ARGEL

IV Y ÚLTIMO

TAL conjunto de hechos paréceme es suficiente para dejar sentado que los judíos tenían, en el uso de los símbolos, marcada preferencia por el candelero de siete brazos.

Así, después de haber comprobado otra vez su presencia en las tumbas de Gamart, escribí al Sr. Marqués de Vogüé el 26 de Noviembre de 1888:

«Cuanto más estudio esta necrópolis, menos la creo de la época púnica ó por lo menos de uso de los verdaderos cartagineses. Estoy además convencido de que gran número de tumbas de Gamart son sepulturas judías correspondientes á la época romana.»

La contestación fué la siguiente:

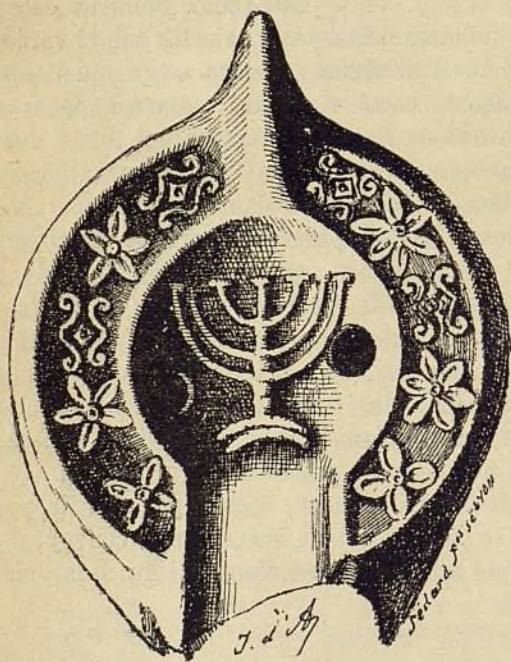
«Mucho me interesan los planos de Gamart que me habéis remitido. Estas tumbas tienen absolutamente la misma forma que las de Palestina: las pinturas son indudablemente de la época romana.»

Habiendo tenido ocasión de ir posteriormente á Jerusalén, he podido convencerme de la semejanza de las tumbas de Gamart con las de Tierra Santa.

Esta conclusión está absolutamente conforme con lo que dicen de las sepulturas judías en general los sabios que de ellas han hecho un estudio particular. Todos son de parecer que los nichos ó *qogim* excavados en la roca *constituyen la verdadera sepultura judía*.

El Sr. G. Perrot (1) cita al efecto, en su volumen sobre la Judea, los testimonios de Wilson, Couder, Drake y Tobler.

El mismo sabio advierte que el pozo funerario que caracteriza las tumbas de Egipto y las más antiguas de la costa de Siria, parece no ha estado en uso en las necrópolis de Judea. «Por un corto pasadizo llano se llega á la cámara donde hay los nichos, y si ésta es más baja que el suelo exterior, descíendose á ella por una rampa ó escalera.»



Lampe juive de Carthage

La identificación de los sepulcros de Gamart con los de Judea no puede ser más evidente. Ahora sólo falta examinar á qué época se remontan.

Las dos principales emigraciones que nos recuerda la historia, y que pudieron llevar cierto número de israelitas á Cartago, son: 1.º la que siguió á la toma de Jerusalén por Nabucodonosor (588), y 2.ª la que se efectuó cuando la fundación de la ciudad de Alejandría por Alejandro Magno (332). Sabido es que en estas dos épocas establecieronse judíos en Egipto, y es probable que cierto número se fijaron al mismo tiempo en los principales puestos de la costa mediterránea. En tiempo del emperador Augusto, millares de judíos habitaban el arrabal del Janículo en Roma, y se ha encontrado su cementerio particular. Como la necrópolis de Gamart, es subterráneo y se compone de cámaras con entrada muy visible, llenas de nichos. Se halló en él el

emblema del candelero de siete brazos y epitafios hebraicos.

El Mediterráneo era la gran vía comercial que había conducido los sirios á Utica y luego á Cartago. Siguiéronla multitud de israelitas, y se detuvieron en la opulenta ciudad. No de otro modo puede explicarse la presencia actual de tantos millares de israelitas en el Norte de Africa. La ciudad de Túnez, que ha sucedido á Cartago como capital del país, cuenta treinta y cinco mil por lo menos, asegurándose que hay más de cien mil en la regencia.

Además de las dos emigraciones anteriores á nuestra era que acabo de mencionar, hubo otra cuando la destrucción de Jerusalén por Tito, el año 70 de nuestra era.

Cada una de estas emigraciones pudo suministrar á Cartago cierto contingente de familias judías.

Jerusalén estaba, por otra parte, en relación con Cartago y la costa de Africa, puesto que el día de Pentecostés, cuando los Apóstoles salieron del Cenáculo y se dirigieron á la multitud, hubo entre los oyentes habitantes de la Libia, algunos de los cuales sin duda se convirtieron. Ahora bien, con el nombre de Libia entendíanse los países situados al Oeste de Egipto, comprendiéndose, á lo menos para el vulgo, el territorio de Cartago. A fines del siglo I y principios del II vemos un *officialis* (empleado de la oficina del procurador), hacer grabar en la tumba de su mujer muerta en Cartago un epitafio versificado en el que dice:

Roma tibi genus est, fatum fuit ut libys esses.

Había ciertamente judíos en Cartago cuando los mensajeros de la Buena Nueva aparecieron allí. Una tradición conservada por Flavio Dexter asegura que San Pedro pasó al Africa, y otra tradición de origen griego dice que murió en Cartago la Samaritana y su hijo José. Finalmente Nicéforo Calisto dice expresamente que el apóstol Simón visitó toda la Libia predicando el Evangelio.

Todo hace creer que las primeras conversiones, así en Cartago como en Jerusalén, se obtuvieron entre los judíos. La necrópolis de Gamart sirvió tal vez para sepultura de los primeros fieles cartagineses. Los cristianos, empero, tardaron poco en tener sus cementerios particulares, conforme á un uso que autorizaba la ley romana. Si algunos cristianos fueron inhumados en Gamart, parece que esto sólo fué por excepción. Salvo un epitafio que me han traído de Gamart, no se han hallado en la montaña sino fragmentos de inscripciones grabadas en mármol blanco, verde ó amarillo (numídico), que pertenece á la época romana. En uno de ellos léese *Felicissimus* ó *Felicissima*. Pero estos restos son insuficientes para deducir nada serio.

De todo lo que precede conclúyese que la necrópolis de Gamart no es tan antigua como se había creído. No cabe hacerla remontar más allá del siglo V ó VI anterior á nuestra era, y aun es probable que pueda asignársele una fecha mucho más reciente. Lo cierto es que los nombres y las fórmulas que en ella se leen, lo mismo que la ornamentación que aparece en muchas cámaras, son absolutamente de la época romana.

(1) *Hist. de l'art.* IV, p. 359.

El Sr. de Vogüé cree que las tumbas de Palestina y Siria, idénticas á las de Gamart, son igualmente de una época relativamente moderna. A estos testimonios creo puedo añadir el del Sr. J. Perrot, quien reconoce que los nichos denotan una época no remota.

Finalmente, la única objeción que pudiera hacerse aún, sería la ornamentación de las sepulturas; mas la ley mosaica, que prohibía la fabricación de ídolos, no proscibía la decoración arquitectural, sobre todo cuando se trataba de bajo relieve y no de estatuas. La necrópolis judía de Roma, descrita en 1862 por el P. Garucci, contenía, como las tumbas de Gamart, adornos en los que figuran genios, animales, hombres y mujeres, todo un simbolismo plástico que se creía desterrado de los usos mosaicos. El Sr. Marqués de Vogüé añade estas líneas que me servirán de conclusión final: «En presencia de este hecho, cae la única objeción que pudiera oponerse á los que atribuyen la necrópolis de Gamart á los judíos de Cartago.»

LA CONVERSIÓN DE LAS CASTAS PRIVILEGIADAS DE LA INDIA

Y PARTICULARMENTE LA DE LOS BRAHMANES

III

El racionalismo germánico, aunado con el de todo el Occidente, trabaja lo indecible hace años para destruir nuestra Sacrosanta Religión, y uno de los arietes demoledores más formidables es, á su juicio,

el estudio comparativo de las religiones índicas y de la católica.

Nada tiene que temer la verdadera ciencia y nada la sólida piedad de semejantes ataques: pero si no se da la voz de alarma, mucho daño pueden causar con el tiempo entre los incrédulos é impíos, y sobre todo entre los innumerables esclavizados por las concupiscencias carnales que se tratan de justificar y aun de divinizar en esta como en todas las aberraciones del espíritu humano. Mucho peligran los restos de las buenas creencias y costumbres en los que se dejan arrastrar por la fascinación de lo aparentemete nuevo y misterioso, si sobre todo se tiene en cuenta que la Masonería luciferiana se sirve de esta religión del porvenir, según la llaman, como de los demás medios de depravación para

apartar á los fieles del Dios de bondad, en quien los masones ocultistas reconocen al Dios malo, y arrojarlos entre las garras de Lucifer, á quien adoran como el único Dios bueno.

En el gran receptáculo de todas las utopías malsanas, en París, el Budhismo tiene sus adeptos, sus órganos y su propaganda en la prensa, su sacerdocio masculino y femenino y sus ceremonias; y hasta en España, tardía imitadora de todos los extravíos que ve en otras naciones más civilizadas, es decir, más corrompidas; en nuestra pobre España empieza á infiltrarse por las capas superiores, por algunos centros aristocráticos, con el especioso nombre de Teosofía, esa misma mezcla de Ateísmo,



CHINA.—Puerta del puente de mármol, en Pekín. (Pág. 350)



CHINA.—Puerta de Te-sien-men, en Pekín. (Pág. 350)

de Espiritismo y de Neobudhismo ó Brahmanismo, que no es, en suma, sino una nueva forma del Satanismo de todos los siglos en lucha constante con la Verdad y la Bondad eternas.

Pues bien, los que no quieran dejarse prender en las redes de esa conspiración satánica, declaren guerra ante todo á las malas pasiones, la soberbia y la lujuria, eternas aliadas del error, que pretenden en vano por este medio sincerarse ante el tribunal de la conciencia humana; y además llamen ante el tribunal de la historia, de la sana crítica y de la sensatez á esas falsas religiones de Oriente, y verán cuán insostenible es su fabulosa antigüedad y cuán execrable la pretendida excelencia de su moral y de sus dogmas.

Para echar por tierra el andamiaje de la antigüedad de millares de siglos atribuída á sus religiones, basta conocer la obra: *El Brahmanismo y sus relaciones con el Judaísmo y el Cristianismo*, escrito por el ilustrísimo Laouenan, arzobispo de Pondichery; puesto que en él, con pruebas irrefragables, se patentiza que aun las más antiguas pagodas, representación genuína del culto, son todas posteriores á la era cristiana. Mentida es también la antigüedad de sus libros sagrados los *Vedas*, de sus códigos los *Sastras*, de sus poemas religiosos el *Ramayana*, el *Mahabharata* y otros; pues ya, después de minuciosas investigaciones, los sabios dignos de este nombre convienen con el P. Gual en que no puede irse á buscar su origen más arriba del siglo V de nuestra era. Y, por lo tanto, lejos de probarse que el Cristianismo es una corrupción y derivación del Budhismo ó Brahmanismo, lo que se prueba, con el atento estudio comparativo de estas religiones falsas y la única verdadera, es que las religiones índicas son monstruosas imitaciones del Cristianismo y de la revelación primitiva; y que si algo conservan digno de alguna alabanza, son vestigios y fragmentos de las tradiciones posteriores á la gran dispersión de los pueblos, desde las llanuras de Sennaar, ó huellas de la predicación de los santos apóstoles Santo Tomás y San Andrés, casi borradas y adulteradas por los nestorianos desde el siglo V.

IV

En cuanto á sus dogmas, ¿quién penetra en ese dedalo intrincado de absurdos? ¡Vayan, sí, vayan en mal hora los apóstatas de Europa en pos de los sectarios de Brahma, de Budha, de Siva, de Visnú! Entre ellos no encontrarán, no, nuestros santísimos y purísimos misterios muy sobre nuestra razón, es verdad, aunque ninguno contra nuestra razón; pero tendrán que devorar el absurdo de la Trimurti indiana con sus tres dioses hermafroditas, remedo infernal de la Trinidad Santísima: ellos que rechazan la encarnación del Divino Verbo en las entrañas de la Virgen, tendrán que admitir como más ideales y más puras las infinitas *avatars* ó encarnaciones de los dioses índicos, ó por lo menos las principales de Visnú que se han verificado de mil en mil años divinos, ó sea cada trescientos sesenta mil años humanos, en los que la segunda persona de la Trimurti ha encarnado sucesivamente en un pez, en una tortuga, en un jabalí y en un león: los que no admiten los dogmas de la eterna recompensa ó eterno

castigo de las almas, quedarán muy satisfechos creyendo que cada alma humana es una porción desprendida del alma universal del supremo Brahma, y la cual en la muerte deja el cuerpo para remontarse á la luna, donde recibe su premio; y si merece castigo se despoja allí de su forma acuosa y se transforma en éter, en aire, en vapor, en niebla, en nube, en lluvia, en germen de planta, en embrión de reptil ó mamífero, y á través de series sin término, de transmigraciones ó reencarnaciones, va recorriendo la escala ascendente ó descendente de todos los seres: no encontrarán los desertores de nuestra fe bastante sublime nuestro desposorio eterno con la divina naturaleza allá en los cielos, de que nos habla San Pablo; y juzgarán más apetecible irse aniquilando y dejarse sorber por el abismo de la nada absoluta del *nirvana*: y para facilitar y apresurar tal dicha, mirarán el suicidio como una de las obras más gratas á la Divinidad, y se dejarán morir de hambre, ó se degollarán, ó se arrojarán á las hogueras ó se dejarán devorar de los cocodrilos en las orillas del Ganges.

Porque la moral de los esclavos de Lucifer en las regiones orientales corre á las parejas con el dogma; lo cual no es de maravillar si se considera que la última palabra de su culto, el más sublime objeto hasta de las adoraciones públicas y de los públicos festejos, es el más obscuro símbolo, como de las adoraciones secretas masónicas lo es la satánica é impura estrella flamígera; no es de maravillar si se atiende á que en la India brahmánica, para entregarse sin freno á las más abominables pasiones, tienen la negación de la libertad humana y la afirmación de los múltiples ejemplos y mandatos que en todo género de maldades les han dado sus propios dioses.

No doblen, pues, la rodilla estos nuevos admiradores europeos de las religiones índicas ante el Sacramento de amor de nuestros altares, ante la divina Víctima de nuestro perpetuo y santísimo sacrificio; no veneren á la incomparable é inmaculada Virgen y Madre de Dios, rodeada de espíritus angélicos y de lirios y azucenas; más digno, sin duda, es de ellos prosternarse pecho por tierra ante el negro dios Visnú, de cuatro brazos y cuatro cabezas, vestido de amarillo y asentado sobre la enorme serpiente Adisecha; más digno es de ellos adorar á la diosa Cali, la compañera de Siva, la cual se presenta á sus adoradores con los atributos más propios para inspirar amor y confianza; pues tiene cuatro brazos y cuatro manos, dos de ellas abiertas, otra empuñando una espada y la última con la ensangrentada cabeza de un gigante: de sus orejas penden como zarcillos enormes dos cadáveres, y un collar de cráneos adorna su pecho; su lengua, á impulsos de la rabia, sale de su boca y cuelga sobre la barba, y sus cabellos llegan hasta los pies, cuyos calcañares rodean como brazaletes manos de gigantes.

Sí, rechazad, les diremos, rechazad como una humillación indigna del hombre el recibir en el santo tribunal de la Penitencia, rodeados del sigilo sacramental más impenetrable y obligados á satisfacciones ligerísimas, el perdón de los pecados, la reconciliación con Dios, el amorosísimo abrazo del Padre de todos los hijos pródigos; pero id en cambio, desgraciados, id á cumplir las

expiaciones que Brahma exige de sus adeptos en ayunos prolongadísimos y rigurosísimos, en peregrinaciones penosísimas, en atroces maceraciones corporales; id á mezclarlos con los doscientos mil ó quinientos mil peregrinos que acuden á Jagrenat, en el territorio de Bengala, en el plenilunio de Mayo, y allí, en la expectación de la gran fiesta de Visnú y de su procesión incomparable, someteos á la influencia de la catalepsia infernal, de la neurosis hipnótica que de muchos se apodera; y si llega á tanto vuestro fanatismo, arrojaos con otros cien al paso del carro triunfal del ídolo, dejándoos triturar los huesos bajo la mole de sus inmensas ruedas, y dejad allí los jirones de vuestras despedazadas carnes y los charcos de vuestra sangre, para que durante la noche se sacie el hambre de los perros, los chacales y los buitres, y en las horas de sol abrasador celebren su sangriento festín nubes de contagiosas y repugnantes moscas.

V

Por muy obcecados que estén por las pasiones en esta vieja Europa los entusiastas admiradores de las religiones de Oriente, parece que bastará á detenerlos al borde del abismo y á volverlos al seno de la familia católica la gracia del bautismo y su sello indeleble en sus almas; las oraciones de nuestros asociados, que atraerán luz sobre sus entendimientos, y el cotejo que ellos mismos han de hacer entre la luz evangélica y las tinieblas brahmánicas, entre el envilecimiento de aquellas razas esclavas de Lucifer y la elevación á que han llegado las que han participado desde hace diecinueve siglos de la vida de Cristo.

Mas estas gracias no bastan á los que envueltos hace tantas centurias en tinieblas diabólicas é ignorando hasta la existencia de nuestra Religión divina no pueden comparar nuestros dogmas con los suyos, ni nuestras consoladoras y salvadoras prácticas con las abominables de sus infernales ritos, no bastan á los que tienen interés en engañar mejor á los demás, á los que, al mismo tiempo que huyen el contacto de telas, de lanas, de animales, pues todos los conceptúan impuros, manchan sus almas con la hediondez de los vicios más abominables.

Aquellos infelices necesitan la primera de todas las gracias, la vocación á la fe; y después torrentes de gracias que los desarraiguen de sus antiguas costumbres, en que han echado tan hondas raíces; torrentes de gracias que los trasladen al seno de aquellas cristiandades de nuestros misioneros, donde como en tierra bendita trasplantados produzcan frutos de vida eterna.

Roguemos, pues, al Corazón de Jesús y al de su Imaculada Madre por unos y por otros; por nuestros hermanos de acá alucinados por el espejismo de la teosofía índica, y por los innumerables extraviados de allá, á quienes también deseamos llamar con el dulcísimo nombre de hermanos. Y no cesemos de dar gracias á estos mismos Corazones de Jesús y María por nuestra vocación á la fe de Jesucristo, y por la dicha de que gozamos al pertenecer á la única Religión verdadera, la Iglesia católica, apostólica, romana, en la que deseamos vivir y morir para lograr la eterna salvación de nuestras almas.

JULIO ALARCÓN Y MELENDEZ, S. J.

LAS HERMANAS DE LA CARIDAD Y LOS LEPROSOS

CUATRO Hermanas de la Caridad que hace poco fueron elegidas para encargarse del lazareto de leprosos en la Luisiana, se hallan ya en medio de sus queridos enfermos. No vamos á describir la despedida entusiasta que se les hizo en el muelle de Nueva Orleans al embarcarse en el *Paul Tulane* para el teatro de sus heroicos sacrificios. Baste decir que católicos y no católicos rivalizaron en vitorearlas y agasajarlas.

Al llegar al punto del desembarque, fué á recibirlas el Dr. Wailes, médico del lazareto. Un testigo ocular describe en estos términos la primera entrevista de las nuevas enfermeras con sus amados enfermos, y lo que hicieron desde luego para mejorar y suavizar su desdichada suerte:

Las Hermanas pidieron se las llevara acto continuo al lugar ocupado por aquellos infelices. ¡Qué alegría y aun qué alborozo se advirtió en el semblante de éstos, al ver que ya estaban satisfechos sus ardientes deseos! Todos habían salido de sus respectivas habitaciones, y formaban grupos más ó menos tristes en torno de aquellos ángeles de la caridad. No fueron pocas las lágrimas que se derramaron de una y otra parte en ese primer encuentro, brotando cada una de ellas á impulsos de la ternura, de la compasión, de la gratitud y de la esperanza. Por fin tomó la palabra la H. Beatriz, y les dijo con frases entrecortadas:

—Queridos amigos, aquí nos tenéis á mí y á mis compañeras para cuidaros, aliviar vuestras dolencias y haceros felices. Si vosotros suspirabais por estar bajo nuestro cargo, creedlo bien, no eran menos vivos nuestros deseos de venir á encargarnos de vosotros.

—Con que ¿habéis venido realmente para quedaros con nosotros? repetían á coro los leprosos.

—¿Es verdad que no nos dejaréis jamás? añadía una niña á quien le quedaba sólo un ojo.

—Nos decían, es cierto, que vendríais; pero nosotros no queríamos creerlo, agregaba un tercero con voz temblando de emoción. ¡Oh! ¡quitadnos la duda de que habéis venido para quedaros con nosotros, pobres leprosos!

—Sí, sí, respondía la H. Beatriz: hemos venido para quedarnos con vosotros y por siempre. No temáis; nosotros no volveremos atrás. Le hemos prometido á Dios que aquí permaneceremos tanto como nos dure la vida. Y ¡cuidado, queridos amigos! Nosotros no entendemos que se oiga otra vez la palabra *leprosos* en esta nuestra casa. Os llamaremos de hoy en adelante nuestros amigos, nuestros enfermos. ¡Si somos todos hijos de Dios!

Era esa una escena que no se podrá olvidar jamás, prosigue el testigo ocular de que hemos hablado, y era difícil decidir si era mayor el gozo de los pobres leprosos, ó el de las Hermanas que se habían voluntariamente sujetado á tan santa como penosa tarea. Hay hasta ahora treinta y dos leprosos en aquel lazareto. Al llegar allí no hallaron más que una cocinera y una enfermera. Las Hermanas empezaron pronto á encargarse de todo. Sumamente patético era el verlas ir de choza en choza, porque el lazareto está casi edificado según el sistema de un *plantation camp*. En una de las piezas

había cuatro niñas hermanas, atacadas de la lepra. La más joven contaría sólo quince años.

El primer cuidado de las Hermanas fué limpiarlo y asearlo todo, y en esta tarea se emplearon los tres primeros días de su permanencia en el lazareto. El domingo siguiente hubo allí por primera vez cultos religiosos, quedando éstos á cargo del R. P. Colton, quien á la vez que sirve á las Hermanas en clase de capellán, cuida de los leprosos que imploran sus auxilios espirituales. Se invitó á todos los enfermos á que asistieran, dejándoles, empero, en plena libertad de hacerlo ó no. Ni uno faltó, y muchos aunque no fueran católicos, derramaron dulces lágrimas.

El P. Colton les dirigió palabras tan sencillas como consoladoras, diciéndoles cómo las Hermanas habían ido á encargarse de ellos, para devolverles tanto como fuese posible la felicidad que experimentarían en sus primeros años á la sombra de sus buenas madres, lo

y risueñas como si estuvieran rodeadas de la más brillante, fina y divertida compañía.

Al volver á Nueva Orleans se le acercó un *reporter* de periódico y le preguntó:

—Pero diga V.: esas Hermanas de Caridad de que usted hace tantos elogios, ¿no se aburrirán al fin y no se cansarán de vivir en medio de los enfermos y afligidos? ¿No se las sorprenderá alguna que otra vez suspirando por la dulce compañía de sus demás Hermanas y amigas?

—¡Oh! no, respondió el interpelado; en el lazareto también se hallan en muy buena compañía: los leprosos y los afligidos son amigos de Dios, y por tanto seguirán siempre tocando una cuerda simpática en el corazón de las Hermanas, que nunca lamentarán su soledad, porque han consagrado su vida á los pobres, y es una dicha para ellas el servirles.

Y así acaba el primer capítulo de la historia del lazareto para los leprosos del Estado de Luisiana encar-



CEYLÁN.—Carreta del misionero. (Pág. 358)

mismo que para hacerlos mejores. Y cuando el orador los exhortó á levantar sus corazones al cielo, porque, aunque se hallaban aislados y condenados á vivir lejos de cuanto amaban en el mundo, sin embargo Dios estaba aún más cerca de ellos, estallaron los sollozos entre todos los oyentes y duraron tanto como duró la tierna plática. Concluidos los cultos, el ministro del Señor hizo una visita á cada uno de los enfermos, y la H. Beatriz les dijo que aquella misma tarde tendría lugar una reunión de familia. Esta reunión revistió el carácter de una excelente comida con golosinas y refrescos, sirviendo la mesa las mismas Hermanas. Los comensales no cabían en sí de gozo: ya casi se les habían olvidado sus dolencias.

El lunes por la mañana nueva actividad de parte de las heroicas Religiosas para hacer del lazareto algo así parecido á un hogar doméstico.

Las dejé, dice el testigo ocular ya citado, tan felices

gado á las Hermanas de Caridad. Lo que ya tenemos dicho basta y sobra para dar una idea del cambio saludable que se efectuará muy en breve en la vida de aquellos infelices. Las mismas causas producen siempre los mismos efectos; y todos saben que en el corazón de nuestras Religiosas no ha disminuído, que digamos, el heroísmo, ni se ha ido apagando la llama dulcísima de la caridad.

LAS BODAS ENTRE LOS CHINOS

EN toda la China hay costumbre general de desposar á los hijos en la niñez, á veces al nacer, y en ocasiones raras, aun antes de haber nacido, se supone con condición. Asimismo es costumbre general no verse los novios hasta el día en que se casan, ni cuidar poco ni mucho de su casamiento. Los padres de una y otra

parte lo hacen todo sin contar con los hijos para nada, ni aun preguntarles: quieran éstos ó no quieran, se han de casar á voluntad de sus progenitores.

Es también regla imprescindible valerse en todos los casos de un casamentero ó casamentera, por cuya cuenta corre buscar novias, celebrar contrato con su escritura, y en fin, todos los asuntos que á esto atañen hasta el día de las bodas. Si el desposorio es entre adultos, en la escritura se señalan todas las arras que el novio debe entregar á la novia; esta escritura es hecha en casa de la novia ante dos testigos, que la firman, y luego se entrega á los padres del novio, que la guardan como un relicario: ante el mandarín hace tanta fe como la cosa más sagrada. En viniendo á tal estado, haya ó no haya habido engaño, existan ó dejen de existir las mismas condiciones que cuando se celebró, el contrato es irrevocable ante todos los tribunales, y sólo puede rescindirse por un arreglo entre las partes, que rara vez tiene lugar.

Las hembras, conforme á la ley sínica, no tienen derecho á legítima ni herencia alguna, aunque sean viudas y el difunto marido les haya dejado mucha bendición de hijos varones, y de ahí la costumbre de pasarse siempre la novia á casa del marido con lo que trae vestido y algunos muebles, tales como colchonetas, mesa, sillas, un arca y cuando mucho los trastos de cocina, que es lo que constituye todo su ajuar. No con poca frecuencia sucede que la prometida pasa á casa del novio desde la misma niñez por causa de la extrema pobreza de sus padres, y en este caso es claro que nada puede llevar consigo. La que así pasa, aun cuando cohabite con su desposado, no es tenida por su verdadera consorte hasta no haberse celebrado la gran ceremonia que vamos á referir.

Hechos los esponsales, sea en la niñez, sea en la juventud, en llegando el tiempo de celebrar el matrimonio, los padres del esposo mandan por medio del casamentero las arras á la esposa y una oferta para sus padres, y determinan el día en que han de celebrarse las bodas. La víspera del día determinado por el casamiento, al anochecer, se celebra solemne convite en ambas casas, al que asisten los parientes respectivos, luciendo los mejores vestidos que tienen ó pueden haberse prestados ó tomados de la prendería (1). Los novios especialmente tienen el privilegio de poder ese día usurparse la enseña que más les plazca, y salir á la calle con majestad de príncipe, con púrpura y brocado. Al final del convite el novio entra en litera mandarínica, y con antorchas y luces sale á casa de su prometida, donde el otro convite le está ya esperando. Llega, y antes de saludar á nadie hace tres ó cuatro postraciones á las cinco letras que figuran en el mugriento tablón, adorando los antepasados de la que pocas horas después ha de ser su mujer; se levanta, hace una ó más profundas inclinaciones, y quema unos cuantos papeli-

(1) Hay en China muchas prenderías de ropas empeñadas. Los que se ven necesitados de dinero pueden entrapar sus vestidos y recibir la mitad del precio en que se avaloran con la obligación de pagar cada mes el 3 por 100 de la cantidad recibida. Si los vestidos no se pagan al cabo del año y medio continuado, se pierde el derecho á la prenda. De estas prendas perdidas se forman las prenderías, á donde acude el que por poco precio quiere presentarse un día muy galán.

llos de estraza, semicortados ó pintados con azogue en forma de círculos que representan monedas con que creen poder enriquecer á los muertos. Enciende varillas de incienso, ó que parecen serlo, aunque no sea sino *harina de pino* (1), y las pone derechas en el añoiso carcomido tarro que hace las veces de *turíbulo*, y terminada la ceremonia idolátrica, se presenta á sus suegros y les hace á cada uno tres postraciones, con otra á cada uno de los afines ascendientes que presentes se hallan, y en seguida se procede al convite.

La novia entre tanto está encerrada en su cámara con otras compañeras suyas, que la manosean y ponen de vuelta y media con ornatos y afeites, y tonsuras y supersticiones; allí le arrancan el vello de la frente y la mitad de las pestañas, y la dejan medio descejada; le abren la cabeza, como dicen, deshaciéndole los rizos y dejándole la frente despejada; la sientan en un celemin, en cuyo fondo arden siete luces, arrodillándose antes y después delante de él; cuelgan la escoba y el cuchillo, y otros instrumentos que solía usar, denotando que no le son más necesarios; vuelta hacia la puerta, tira atrás por encima de la cabeza los palillos con que acostumbraba á comer, y toma otros nuevos no usados aún, para significar que aquel día entra en nueva era, y de doncella pasa á ser casada y mujer de su casa; derribase la puerta de su habitación, y se le hace pasar sobre ella indicando que no es ya más necesaria puerta alguna que la guarde de los ojos de la gente; que no vivirá en adelante triste y solitaria en un obscuro retrete. Cada acto de éstos es seguido y precedido de genuflexión, y acompañando de cohetes y quema de papel é incienso. En todo aquel día ninguna mujer embarazada puede entrar en su cuarto por temerse no la hechice ó le haga mal de ojo, y con esto la haga estéril ó que no pueda parir varón.

El novio, antes que rompa el alba, se despide de sus suegros y sale delante previniendo la salida de su matutina estrella, á quien todavía no ha visto el pelo. Esta sale un rato más tarde en litera dorada, muy florida y cerrada de modo que no pueda ser vista de nadie, y sale entre bullicio y algazara y música atronadora de tambores, platillos, rabeles, sonajas, cornetas y silbatos, después de haber hecho mil postraciones á todos los lares, y á los padres y parientes, y practicado mil ceremonias, y entre ellas la singularísima de llorar y gritar con gran llanto al dar el último adiós, como decimos en idioma castellano, á todos los seres que la vieron hasta aquel momento (2). Llega á casa del es-

(1) Al pie de una gran cascada hay más de diez molinos ó gastadores de pino. Su construcción, sencillísima, es de una rueda con paletas en el canto, movida á impulso del agua que con violencia cae sobre ella, de cuyo eje sale un palo en forma de bigornia que da movimiento de vaivén á otro más largo unido á su extremidad, al cual por la parte que toca en el suelo se elevan astillas de pino que muele ó desgasta yendo y viniendo sobre una piedra llana, cayendo en un hoyo la nata ó mantequilla que se va formando, que es lo que aquí usan en vez de incienso.

(2) En realidad tienen gran motivo de llorar las infelices, pues desde el día que salen de la casa paterna son tratadas de sus mismos padres como personas desconocidas con quien nada tienen que ver, y entran en el dominio de un marido que, por bueno que sea, no las ha de tratar con afecto sino después de largos años, y de una suegra que descargará sobre ellas sin compasión todo el peso de sus faenas, dándoles á beber á copa llena el amargo cáliz de la esclavitud.

poso, y éste le sale al encuentro á la puerta, la acompaña hasta la sala, donde la comitiva toda de sus nuevos parientes y vecinos la está esperando para contemplarla. Allí se apea, y colocada al lado derecho de su marido, á una con él se postra en una alfombra tendida de antemano en el suelo, y se da principio al casamiento, que consiste únicamente en cuatro genuflexiones hechas á las cinco letras con todos los demás actos supersticiosos de quemar papel, incienso y cohetes que quedan referidos: ni una palabra se dice, ni se hace una pregunta. Allí mismo, con otra postración, saluda á su suegro, parientes y mayores, y á los iguales y menores con una inclinación profunda, y en seguida, guiada de su esposo, entra en el aposento destinado á los nuevos cónyuges, donde les está esperando la mesa puesta, y dispuesta con dos huevos para cada uno. Esta mesa está colocada ante el lecho conyugal, y el lecho hace de sillas; al lado izquierdo se sienta el novio y á la derecha la novia, y aquel lado respectivo es el destinado á cada uno para la hora del sueño (1). Al empezar á comer cambian mutuamente los platos para indicar la mutua conformidad y unión que debe reinar entre los dos, ó no sé qué otra cosa poco decente y propia de paganos. La música entre tanto no cesa de atronar los aires con sus desacordes, y la habitación está nutrida de gente cantando cantilenas que no es del caso referir. Siguen dos días ó más de convites, y fiesta concluida.

B. G., A.

CRÓNICA

Inglaterra.—Su Ema. el Cardenal Vaughan, primado católico de Inglaterra, ha dirigido la siguiente carta á *The Times*:

«Muy señor mío: El Santo Padre ha publicado una Encíclica, y aunque dirigida á todos los Obispos de la Iglesia, tengo el gusto de indicar que interesa también en Inglaterra, como la carta *Ad Anglos*, á cuantos tomen parte activa en el concierto en la cristiandad.

«Pídesse un apoyo común de concordia. Algunos de nuestros compatriotas entienden que la unión colectiva puede sustentarse sobre la base de una federación entre comuniones independientes llamadas cristianas.

«Otros tienden á congregar lo que denominan ramificaciones romanas, griegas y anglicanas del Cristianismo; pero á salvo de conservar cada una su independencia.

«Y no faltan quienes crean que la unión colectiva puede resultar, profesando las doctrinas enseñadas por la Sede Romana, pero con algunas excepciones.

«Y finalmente, hay quienes de buen grado consideran á la Iglesia de Cristo como una invisible creación, la que habrá de unir en el fuero interno á todos los buenos con los lazos de la fe y caridad, mientras que al exterior estos mismos lazos se ven duramente lacerados y rotos. La Encíclica *De Unitate* aclarará hasta que punto son admisibles á los católicos estas teorías y otras parecidas.

«El Santo Padre, en su ardiente deseo de promover la unión, invitaba el año pasado á cuantos buscaban el reino de Dios en la unidad de la fe, á elevar oraciones al cielo para obtener luz y camino recto. Este año ha dado un paso más en la misma senda,

(1) En China cada lecho tiene dos cabeceras, y cada cabecera su almohada, y es por manera mal visto que dos duerman á un lado y tengan una almohada común. Por eso, cuando hace tres años levantaron persecución contra nosotros en Sâng-tê, una de las fatuidades en que se fundaban era que los europeos eran de mal vivir, que dormían dos juntos usando una misma almohada.

publicando una indicación autorizada acerca de la base sobre la cual puede realizarse la agregación á la Iglesia católica, ya sea de los individuos, ya de las colectividades.

«Con verdadera y clarividente claridad ha expuesto completa y claramente los motivos apoyados en las verdades reveladas y racionales, condiciones que juzga esenciales á tal fin. Tales condiciones no habrán de causar extrañeza á los católicos y otras personas instruidas que estaban ya al corriente de su conocimiento. Pero algunos y tal vez sean muchos, han alimentado la ilusión singular de que fuese necesario al poder del Santo Padre de modificar ó también de suprimir completamente las antiguas condiciones de la comunión de la fe, para llegar al fin derecho que es la unión de la cristiandad.

«Cualquiera que sea la aceptación que obtenga la importantísima carta *De Unitate*, todos admirarán en ella una sinceridad completa y una paternal caridad. Disparará, sin resto alguno de duda, las bajas y nebulosas teorías, ricas tan sólo en ilusiones engañosas, al mismo tiempo que, mediante la gracia de Dios, aclarará el camino para cuantos crean que deben recorrerle.—*Erbert, cardenal Vaughan.*»

Ceylán.—En una carta sobre la Misión de Batticaloa, escribe el R. P. Collin, oblato de María Inmaculada:

«El P. Delpech, á quien el Ilmo. Melizan envió para trabajar en la evangelización de los infieles de estos parajes, estableció su cuartel general en Kalmunai. A fin de que desde allí le fuese fácil visitar todos los pueblos de los alrededores, empezó por procurarse un vehículo, un carro ligero arrastrado por dos bueyes y cubierto con hojas de cocotero. (V. *el grabado*, pág. 356).

«El primer lugar que recibió la divina semilla fué Kallaru. Instruidos suficientemente cuarenta y nueve catecúmenos, fueron bautizados, cantándose luego una Misa con la mayor solemnidad posible. La impresión producida en los paganos fué excelente. Puede esperarse que una nueva era de bendiciones se ha inaugurado para la Misión de Batticaloa.»

Madagascar.—El Ilmo. Cazet escribe desde Tananarive el 13 de Junio, que el R. P. Berthieu, misionero jesuita en Madagascar, ha sido martirizado por los *fahavalo* ó rebeldes.

Es tan ilusoria la seguridad de los europeos aun en los alrededores de Tananarive, que los misioneros que no tienen soldados en el lugar de su residencia han debido ser llamados á la capital. En el estado actual de las cosas y de los espíritus, es difícilísimo hacer cosa de provecho. La hermosa Misión central de Madagascar, muy contrariada, se recomienda especialmente á las oraciones y sacrificios de las almas generosas.

El Ilmo. Cazet termina diciendo:

«Me falta tiempo para daros cuenta de las numerosas estaciones que, en los distritos de Ambohidratrimo y de Imerimandroso, han sido pasto de las llamas ó devastadas.»

¡Y todo esto después de tantas ruinas causadas por la última guerra! ¡Que la Divina Bondad consuele prontamente á aquella infeliz Misión!

Noticias varias.—Bajo la base de un informe enviado por el cardenal Satolli, la Santa Sede ha autorizado á S. Ema. á que durante su permanencia en los Estados Unidos, que se prolongará hasta el futuro Consistorio, prepare la institución de un tribunal eclesiástico superior para juzgar y resolver las causas de interés disciplinario ó religioso, que hasta el presente han sido enviadas á la Sagrada Congregación de la Propaganda.

A no tardar saldrán de la Ciudad Eterna para Norte América eminentes canonistas, encargados de presidir la constitución del proyectado tribunal.

—Telegrafian de Djibuti que el Ilmo. Makair, con el resto de la Misión, prosigue tranquilamente su viaje y espera llegar pronto á Harrar.

Los correos que este Prelado y el difunto conde Wersowita enviaron el 20 de Junio para anunciar su llegada, han dado ya cuenta de ella á Menelik, quien ha ordenado que una numerosa escolta militar espere á los enviados del Soberano Pontífice en la frontera de Abisinia.

—Ha sido condecorado por el Gobierno francés con la cruz de la Legión de Honor Mons. Próspero Augouard, obispo de Simbira, vicario apostólico de Ubangui, por no haber cesado, según dice el decreto condecorándole, durante diecinueve años que lleva ejerciendo su sagrado ministerio en el Gabón y en el Congo, de prestar su valioso concurso á la causa de la civilización de las colonias francesas en el Africa Central.

VARIEDADES

ALFONSO RATISBONA (1)

EN el siglo pasado existía en Estrasburgo una familia judía grandemente respetada en la población, no sólo por sus riquezas, sino por su gran caridad: el jefe de ella, aunque israelita, recibió honores y títulos nobiliarios del rey Luís XVI, recompensa justa de los beneficios que con pródiga mano repartía á sus semejantes, sin fijarse en la religión á que pertenecían, y entre los que se encontraban muchos católicos. Descendiente de esta familia es Alfonso Ratisbona, nacido el 1.º de Mayo de 1814.

En esta época las tradiciones caritativas de la familia y la observancia de los preceptos de la Biblia se habían modificado mucho; en realidad formaba parte de ese inmenso contingente que el Judaísmo ha suministrado al racionalismo moderno, no teniendo de la religión de Abraham más que el nombre y algunas ceremonias exteriores, conservando completa indiferencia respecto de todos los cultos. Un hecho, sin embargo, vino á determinar en Alfonso Ratisbona y su familia un odio violento al Catolicismo: este hecho fué la conversión á la doctrina verdadera y la entrada en el sacerdocio de su hermano Teodoro.

A contar de esta fecha Alfonso declaró una guerra á muerte á todos los curas, no habiendo denuesto que no les prodigase, enfureciéndose sobre todo cuando veía á un jesuita, á los cuales achacaba todos los males de la sociedad y de su familia: ésta, aunque con frialdad y muy de tarde en tarde, tenía algunas relaciones con el judío converso, admiración de los católicos de Estrasburgo por su celo, su paciencia y su piedad. Alfonso, indignado porque su hermano había pretendido bautizar á un niño en peligro de muerte, le escribió una carta llena de insultos, y cortó con él por completo toda relación.

El colegio protestante donde recibió su primera educación, y la vida de París, en cuya Universidad estudió hasta graduarse de abogado, no eran ciertamente lugares donde pudiera modificar su aversión á la Iglesia católica; antes por el contrario la acrecentaron hasta el punto de que, vuelto á su ciudad natal, emprendió con gran actividad la propaganda del Judaísmo, poniéndose al frente de una Sociedad protectora de los jóvenes israelitas.

La muerte de sus padres le dejó completamente rico y libre; su tío, dueño de una gran fortuna y sin herederos, tenía por él una predilección especial; así es que

le puso al frente de su casa de banca, la primera y más respetable de Estrasburgo, pensando retirarse de los negocios en cuanto su sobrino contrajese matrimonio con una hermosísima joven judía, hija del hermano mayor de Alfonso, muerto hacía bastante tiempo.

Todo sonreía á éste; enamorado de su prometida, halagado de su familia, que veía en este enlace la satisfacción de una aspiración largo tiempo deseada, dueño de una fortuna y presunto heredero de otra aún mayor, sólo deseaba que se llevase á cabo su boda: los médicos, sin embargo, teniendo en cuenta la poca edad de la joven que aún no había cumplido los diecisiete años, y la constitución algo delicada de Alfonso Ratisbona, aconsejaron que no se realizase hasta que pasase un año, acordando la familia que hiciese un viaje á Italia, cuyo clima dulce y apacible le era muy necesario para su restablecimiento.

En los últimos días de Noviembre de 1841 Ratisbona abandonó su ciudad natal y su familia, y después de permanecer algunos días en París se embarcó en Marsella tomando rumbo á Nápoles.

Al fondear en Civitavecchia oyó el estruendo de los cañones.

—¿Qué ocasiona ese ruido de guerra en las pacíficas tierras del Papa? preguntó á un marinero.

—Son salvas en honor de la Purísima Concepción, cuyo día es hoy, le respondió.

Ratisbona se encogió de hombros, y ni aun quiso desembarcar. Poco después llegaba á Nápoles.

Encontrábase en esta ciudad el 1.º de Enero de 1842: á la caída de la tarde sintió Ratisbona una gran tristeza, cuya causa no pudo determinar: sin saber cómo, se encontró á la puerta de una iglesia, y entró en ella movido por una fuerza desconocida: al salir experimentó un gran bienestar.

Decidido á marchar á Malta, arregló sus maletas y se dirigió al despacho del consignatario del vapor para tomar pasaje: al hacerlo vió que se había equivocado, y estaba en el despacho de las diligencias de Roma: tomó billete, y pocas horas después caminaba hacia la Ciudad Eterna, en que se proponía surcar las claras aguas del golfo de Nápoles.

En Roma se reprodujo el odio de Ratisbona á la Iglesia católica: la visita al barrio de los judíos le indignó, prorrumpiendo en blasfemias en unión de los protestantes, librepensadores y racionalistas que le acompañaban.

Visitando un día la iglesia de Araceli, vió los preparativos que se hacían para el bautizo de unos judíos recién convertidos.

—Asistiréis á la ceremonia, le dijo el guía.

—Imposible, contestó Ratisbona: no me podría contener, y me arrojaría sobre el bautizante y los bautizados.

Entre las visitas que tenía que hacer en Roma se encontraba la del barón Bussiére, uno de los católicos más fervientes y activos de la Ciudad Eterna. Confiando no encontrarlo en su casa, subió la escalera con la tarjeta en la mano: apenas llamó, el criado, sin dirigirle ninguna pregunta, le introdujo en el salón, donde se encontraba el dueño de la casa en compañía de su esposa y dos niñas pequeñas, hermosas como dos ángeles.

(1) El héroe de este artículo es el P. Ratisbona, judío de nacimiento, convertido á la fe católica por un prodigio de la Santísima Virgen, y fundador de la Obra de Nuestra Señora de Sión para la conversión de los judíos.

La conversación fué al principio indiferente; después pasó al terreno religioso, mostrando Ratisbona una indiferencia y un escepticismo muy propio de la situación de su espíritu.

—Puesto que sois tan despreocupado, y según decís aborrecéis la superstición, someteos á una prueba que quiero hacer, le dijo Mr. Bussiére.

—Acepto; ¿cuál?

—Poned en vuestro cuello la medalla milagrosa de a Virg en, dijo el dueño de la casa presentándosela.

Ratisbona se quedó harto perplejo, pareciéndole ridícula la proposición: después, pensando en burlarse del talismán y entregárselo en Estrasburgo á su prometida como recuerdo de viaje, aceptó, consintiendo en que Mr. Bussiére colocase en su pecho la medalla.

—No es esto solo, añadió éste: para que la prueba sea completa, tenéis que recitar la oración que hay en el reverso y copiarla.

Ratisbona, siempre riendo y queriendo ser galante con la señora de la casa, que unía sus ruegos á los de su esposo, prometió ambas cosas, haciendo la primera en el acto, y remitiendo al día siguiente la copia de la oración de su puño y letra, y quedándose con la que le había dado escrita Mr. Bussiére.

Aquella noche tuvo Ratisbona un sueño en el cual veía constantemente en los aires, cualquiera que fuese su posición, una gran cruz negra.

Decidido á dejar á Roma, y cuando tenía ya tomado su billete de diligencia, los ruegos de Mr. Bussiére, con quien paseaba algunas veces, le hicieron desistir de su propósito.

Al pasar un día por delante de la Escala Santa, éste, en un arranque de entusiasmo, exclamó: «Salud, santa Escala: he aquí un pecador que te subirá de rodillas.»

Ratisbona se rió, y á su vez, dirigiéndose á las construcciones del templo de Nerón, inmediatas á aquel sitio: «Salud, verdaderas maravillas: ante vosotras debe el hombre inclinarse, no ante una pobre escalera.»

Llegó por fin el 20 de Enero. Ratisbona, después de almorzar y poner sus cartas en el correo, se trasladó á un café de la plaza de España á leer periódicos; encontró allí algunos amigos, con los que habló de los próximos placeres del Carnaval y de la magnífica fiesta que había dado la víspera el príncipe de Torlonia; después... pero dejemos referir á él mismo cómo se operó el milagro de su conversión. He aquí sus palabras:

«Al salir del café me encontré en carruaje al señor Bussiére, quien me invitó á subir para dar un paseo. El tiempo era magnífico, y acepté con alegría; después me pidió permiso para detenerse algunos minutos en la iglesia de San Andrés de los Hermanos, muy inmediata á donde estábamos, pues tenía que desempeñar una comisión: llegamos, y me propuso me quedase en el carruaje; preferí bajar para ver la iglesia, donde se hacían preparativos para unos funerales; pregunté el nombre del difunto; era uno de mis mejores amigos, el conde de La Ferronais.

«—No os impacientéis, añadió Mr. Bussiére subiendo al coro: es asunto de pocos minutos.

«La iglesia de San Andrés de los Hermanos es pobre, pequeña y desierta; estaba casi solo, y ningún objeto de arte llamaba mi atención; me paseaba maquinal-

mente, sin pensar en nada; me acuerdo solamente de un perro negro que saltaba y se agitaba delante de mí. De repente desapareció el perro y desapareció la iglesia, y no vi nada, ó por decir mejor, ¡oh Dios mío! vi una sola cosa.

«¿Cómo es posible que hable? ¡Oh! la palabra humana no debe intentar explicar lo que es inexplicable; toda descripción, por sublime que sea, no será sino una profanación de la inefable verdad.

«Allí estaba prosternado, bañado en lágrimas, con el corazón que se quería salir del pecho, cuando Mr. Bussiére me llamó á la vida.

«No pude responder á sus precipitadas preguntas; cogí la medalla que pendía aún de mi pecho, besé con efusión la resplandeciente imagen de la Virgen, exclamando: Sí, ERA ELLA.

«Yo no sabía quién era ni dónde estaba; si era Alfonso ú otro; me buscaba y no me encontraba. La alegría más ardiente estalló en el fondo de mi alma, y no pude hablar, no quería revelar nada, sentía en mí algo de solemne y de santo que me hizo llamar á un sacerdote; me condujeron á él, y sólo después de recibir la orden pude hablar de rodillas y con el corazón temblando.

«Mis primeras palabras fueron de agradecimiento por Mr. La Ferronais y por la Archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias: sé de una manera segura que el primero había pedido á Dios por mí, pero no puedo darme cuenta de cómo lo sé, ni tampoco cómo tengo el conocimiento de todas las verdades y la fe de ellas. Todo lo que puedo decir es que en un momento cayó la venda de mis ojos, pero no una sola, sino las muchas que me habían envuelto hasta entonces, deritiéndose como la nieve ante el sol.»

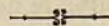
Así refiere Alfonso Ratisbona el momento en que, como Saulo, cayó herido por la gracia. Lo más admirable de este prodigio de la divina misericordia fué que el judío que entró en la iglesia ignorando todos los dogmas católicos, salió de ella conociéndoles tan perfectamente, que no tuvieron nada que enseñarle para bautizarle.

Pocos días después recibió el agua de salud y de vida, que lava todos los pecados, en la casa central de la Compañía de Jesús, de mano del cardenal Patrizi, vicario de Su Santidad.

Después de esta ceremonia renunció al mundo, se desprendió de su brillante fortuna, abandonó el proyecto de enlace y se consagró por completo á Dios, entrando en la Compañía de Jesús, de donde salió algunos años después para fundar la Hermandad de Nuestra Señora de Sión para la conversión de los judíos.

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE



Para las víctimas de Armenia

Dionisio Orue. 1 ptas.
José Navarro Salinas, de San Ildefonso. 1'90 »

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona